

BIBLIOTHECA
PATRI

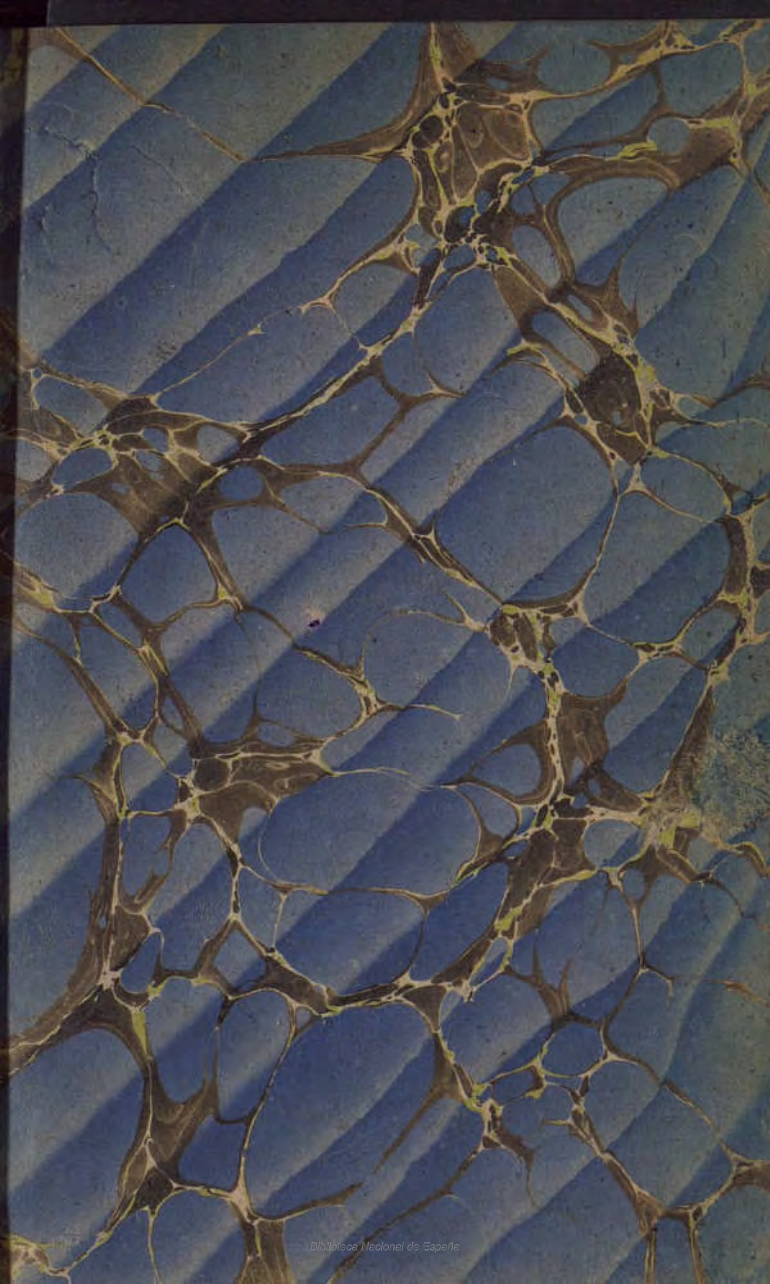
28

6

8731

6

8731



~~46~~

6

8731





TOMO XXVIII.

FUERA DE CONCUR

BIBLIOTECA "PATRIA"

D. Rodrigo en la Horca

POR

JAVIER UGARTE

NARRACIONES

Ilustraciones
de
Luis Palao

Precio: CUATRO REALES



DON RODRIGO EN LA HORCA

(NARRACIONES HISTÓRICAS)

ES PROPIEDAD

DON RODRIGO EN LA HORCA

(NARRACIONES HISTÓRICAS)

DE

JAVIER UGARTE

ILUSTRACIONES DE LUIS PALAO

(PRIMERA SERIE FUERA DE CONCURSO)



OFICINAS:

CERVANTES, 8,-3.º, DERECHA

M A D R I D

Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falaz y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.

DON RODRIGO EN LA HORCA

(JUEVES 21 DE OCTUBRE DE 1621)

I

CREO, como todo mortal escarmentado, en los encumbramientos ilegítimos; soy ateo de las reputaciones injustificadas. El viento de la fortuna puede elevar muy alto á quien debiera estar muy bajo; así es la suerte (al fin hembra), que ni demanda títulos, ni desmenuza méritos; pero favores tales, correspondiendo á su origen, suelen ser pasajeros y efímeros, desvanecidos tan pronto como la tornadiza deidad encuentra nuevas víctimas. Y uso la palabra á conciencia: que martirio es, y no aureola, haber de disfrutar la dulce realidad del triunfo, para sufrir á poco la amarga decepción del desengaño. En cambio, hay algo que por sí mismo vale y se impone, cuando en el naufragio del poder y el fausto, la repre-

sentación y la opulencia, sobrenada, como inexpugnable resto del bien perdido, la gloria de un nombre, el recuerdo de una hazaña, la huella indeleble de una vida, á través de los años, los lustros y los siglos...

«Tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca», repite aún el vulgo, ante la ostentosa hinchazón del hombre vano. Desmedido debió de ser aquel orgullo, ó extraordinaria la impresión que produjera, visto que su memoria alienta todavía en lenguas de la fama. ¿Cómo dudar, en efecto, que no sin motivo se conserva cual proverbial ponderación?

No fué, por cierto, hombre baladí é insignificante D. Rodrigo Calderón y Sandelín, Conde de la Oliva, Marqués de Siete Iglesias, Caballero del Orden de Santiago, Comendador de Ocaña, Capitán de la guardia alemana, Continuo de la Casa de los Reyes de Aragón, Secretario del Despacho Universal del Rey D. Felipe III, Oidor y Alguacil mayor en propiedad de la Chancillería de Valladolid, Correo mayor, Archivero mayor y alcaide de la Real Cárcel de dicha ciudad; con merced de un maravedí en cada Bula de la Cruzada de las que en la misma se impriman, renta que ascendió á seis mil ducados al año; con un balcón perpétuo

en las casas del Ayuntamiento; aposento, perpétuo también, en la Casa de Comedias de Valladolid, y otro en el Corral de la Cruz de Madrid; patrón del convento de Porta-Celi, de la primera de aquellas poblaciones y de la Capilla mayor de Nuestra Señora de las Mercedes, de la villa del oso y el madroño; regidor de Soria, con voz, voto y antigüedad; depositario general de ella, con iguales preeminencias; con regimientos en Valladolid y en Palencia; con merced de la mitad del Pouzco de lo que se sacaba del mar, cuando se vendían cajones de oro y plata, procedentes de Indias, á saber, veinte quintales de caracolillos, que se ponían por lastre de las naves y que entre los negros se estimaban y pasaban por monedas; con el derecho del palo del Brasil que venía de Lisboa y que valía doce mil ducados al año, y con el privilegio de que nadie sin su licencia tratase en las piedras de tahona ni de barberos, que venían de fuera para enviarlas á las Indias Orientales, lo cual valía muchos ducados....-Gracias á tales honores, cargos y emolumentos, cobraba anualmente al pie de unos doscientos mil ducados, mejor más que menos, según acreditado testimonio de su época.

¿Y este hombre ilustre, este personaje

insigne, este magnate, este ministro, poseedor de tantas prerrogativas, constituido en jerarquía tan elevada, dueño de tan cuantiosos rendimientos, fué conducido á la horca y murió ahorcado como cualquier truhán del tiempo de Chaperón?...

Corría en sus comienzos el siglo XVII... D. Rodrigo, hijo del capitán don Francisco, quien lo hubo en Amberes de una señora, doncella alemana, con la que casó después, legitimándolo, entró en infantil edad á servir como paje á don Francisco de Rojas, Marqués de Denia, privado de Felipe III y, mediante la regia munificencia, duque de Lerma, así como, por don de la corte romana, vistió más tarde la púrpura cardenalicia.

De paje del ministro subió en breve á ayuda de cámara del rey, y ya en este «primer escalón de su fortuna», casóse en Extremadura con dama muy principal, llamada doña Inés de Vargas, natural de Cáceres, señora de la Oliva. Sus medros fueron creciendo en proporción de sus servicios (caso harto raro para que pueda pasar inadvertido), y no tardó mucho tiempo en suceder al duque de Villalonga en la Secretaría de Estado, «con el manejo de todos los papeles, así de gracia como de justicia,

en que antes se ocupaban muchos». D. Rodrigo era centralizador de la real privanza hasta un extremo que dió ocasión á su caída. Su singular soberbia no coartaba, empero, á su extremada caridad.

De él se cuenta que, saliendo una noche de su casa, á pie y de rebozo, con intención de pagar á caro precio favores femeninos que habíanle regateado mucho para que no cayese en la cuenta de que debía tenerlos en muy poco, cerca ya de la casa de su amada, le salió al encuentro un anciano, que le dijo:

—Señor, suplico á V. S. me oiga una palabra.

—Hable, amigo, y sepa yo lo que pretende.

—Soy hombre de bien, señor—añadió el viejo.—Pero, como la honradez y la necesidad son hermanas gemelas, que donde va la una allí planta la otra sus reales, tal es la miseria en que muero, que ni mi hija, moza de diez y nueve años, ni su padre, achacoso é inhábil para el trabajo, nos hemos desayunado desde anoche. Señor—continuó, razonando con voz temblona y cuajados de lágrimas los ojos—no nos queda más remedio que ser malos, y habré de concluir por dar permiso á mi hija, para

que, matando la honra, salvemos entrambos la vida... si Dios no nos socorre.

—Tome este bolsillo—interrumpiéndole el conde, echando mano al que, con bien diverso destino, metió en la faltriquera;—trescientos doblones contiene, que podrán remediarle por lo pronto, y pues me ha conocido y sabe donde vivo, acuda á buscarme cuando me haya menester; deseche intentos pecadores y tenga cuidado de encomendarme á Dios.

Con lo cual dió D. Rodrigo la vuelta á su morada, trocando el anhelo que desasosegaba el frágil barro, por el placer íntimo de haber dado satisfacción cumplida á la más inquieta conciencia.

Entretanto, convertido el de Lerma en Cardenal, decían malas lenguas, que nunca faltan: *el ladrón más afamado, por no morir degollado, se vistió de colorado*; y D. Rodrigo, temeroso y suspicaz por su parte, aunque insaciable de notoriedad y valimiento, consultaba con una religiosa de Porta-Celi (1) si debería alejarse de la corte, donde presentía desvelos y zozobras; pregunta que contestó la santa señora, advirtiéndole

(1) Otros dicen que con la señora doña Mariana Escobar, que murió en fama de santa.

le *que ganaría más esperando el fin*. No penetró seguramente el delicado misticismo de estas palabras quién no mucho después, en 20 de Febrero de 1619, á la una de la noche, estando ya acostado, era preso de orden del rey, por don Francisco Ramírez Fariño, Consejero de Castilla, y por éste entregado á don Francisco Tracadaz, caballero de Santiago. Sus émulos temieron que, sucediendo á su antiguo amo en el Gobierno, llegara á ser el verdadero soberano en tierra de España.

Lo llevaron entre guardias, primero á la Casa del Cordón, del marqués de Avila Fuente; luego al castillo de Montanehez; más tarde á la fortaleza de San Torcaz, á siete leguas de Madrid, y últimamente á una de las casas que el mismo D. Rodrigo tenía en la calle Ancha de San Bernardo. En una de sus salas permaneció, con diez guardias, uno de vista, hasta el día de su muerte, siendo cabo de aquéllos y guardia mayor don Manuel de la Hinojosa, caballero de Santiago. Cerca de su cuarto había otro que servía de oratorio, adonde salía á oír misa, y en otro inmediato tenían el Tribunal sus jueces nombrados por el rey, á saber: don Francisco de Contreras, don Luis de Salado y don Diego del Corral, Con-

sejeros de Castilla, quienes le embargaron sus bienes y sometieron su cuerpo al tormento.

¿De qué se acusaba á D. Rodrigo? En lo criminal, de culpado en la muerte de la reina doña Margarita de Austria; de poseer hechizos y con ellos procurar atraer á sí la voluntad del rey y otras personas; de haber dado hechizos y con ellos veneno al padre Fr. Luis de Aliaga, inquisidor general, confesor que fué de la reina; de haber hecho matar á don Alonso Carvajal, caballero del hábito de Santiago, al padre Cristóbal Suárez, de la Compañía de Jesús, á Pedro Caballero y á Alonso del Camino; de la prisión de Agustín de Avila, alguacil de corte, y del proceso que contra él fulminó; de haberle querido matar en la prisión con veneno y, últimamente de su muerte «y de todo lo demás que en ella pasó». La sentencia le declaró absuelto y dió por libre de estos cargos, añadiendo, no obstante, que del proceso resulta: «haber cometido delito de asesinato y muerte alevosa, habiendo hecho matar á Francisco Ibarra por medio del sargento mayor don Juan de Guzmán, á quien le pagó y á otras personas, y haber pervertido, con la mucha mano que tenía, el juicio de esta causa, que pendió y se tra-

tó en esta corte, ante los alcaldes de ella, amenazando y persiguiendo á uno que quiso la averiguación de dicho delito, y haber ganado é impetrado cédula de S. M., de perdón y de liberación de sus delitos por malos medios: «en virtud de lo cual se daba esta acusación por bien probada» y por la culpa que de ella resulta (añadían los jueces) contra el dicho D. Rodrigo Calderón, le debemos condenar y condenamos á que de la prisión en que está sea sacado en una mula ensillada y enfrenada, con voz de pregonero que publique sus delitos, y sea traído por las calles públicas y acostumbradas de esta villa y llevado á la Plaza Mayor donde, para este efecto, esté hecho un cadalso y en él sea degollado por la garganta hasta que muera. Y más le condenamos en perdimiento de la mitad de sus bienes, que aplicamos á la real Hacienda».

Firmaba el licenciado don Diego del Corral y Arellano.

En lo civil, imputábasele responsabilidad por doscientos cuarenta y cuatro conceptos distintos, siendo condenado en doce mil doscientos cincuenta ducados y degradado de todos los títulos, mercedes y oficios que tenía, «y en cualquiera manera le pertencesen, sin tomar en boca á sus hijos».

Suplicó de la sentencia criminal; se declaró no haber lugar la súplica; apeló de este auto, y en revista, se mandó ejecutar desde luego lo acordado.

Y aquí comienzan los edificantes ejemplos de conformidad cristiana y los admirables rasgos de valerosa entereza, que han pasado á la posteridad en la frase, no del todo exacta, encomiástica hasta la exageración «del orgullo» de D.^{*} Rodrigo en la horca.

¿Era orgullo, real y positivamente, es decir, vanagloria, alarde pretencioso de sí propio y desdén ó esquivez hacia los demás, según el sentido vulgar de la palabra, aquella completa posesión de su espíritu, aquel inquebrantable dominio de sus potencias y sentidos, aquella abnegación absoluta de todo lo humano, dolores y decepciones inclusive, con que el poderoso de ayer afrontaba ahora, perseguido y vejado, pero valeroso y resuelto siempre, las contrariedades de su sino, tan pronto complaciente amigo como irritado mensajero de persecuciones y venganzas? El pueblo lo llamó orgullo, porque todo lo grande, todo lo extraordinario, todo lo que rebasa los moldes generales, parece como que entraña cierta monstruosidad que ofende, tras la

envidiable superioridad que admira. Las apariencias justifican, además, aún sin quererlo D. Rodrigo, el indómito juicio popular.

Desde la primera sentencia se le permitió recibir visitas de religiosos, quienes se hacían lenguas de su serenidad, su resignación y su valor. Dormía en una camilla de damasco azul, guarnecida de oro y plata, y tan luego como supo el fin que se le preparaba, sacó un colchón de su cama y le puso en el suelo, con una almohada, sobre la cual extendió su capa: allí dormía sin desnudarse más que de tres en tres días para mudarse camisa. De las viandas que le servían, limitábase á tomar un poco de caldo y un poco de cocido, lo necesario para vivir, cediendo lo demás á los pobres; hacía grandes penitencias con disciplinas y cilicios; frecuentaba la lectura de libros espirituales, en especial de las obras de Santa Teresa, de quien era ferviente devoto, como lo prueba la edificación, hecha á sus expensas, de la capilla dedicada á la angélica doctora en la iglesia del Carmen Descalzo, hoy parroquia de San José, en esta corte; oraba mucho y confesaba en público sus pecados, como el medio más eficaz de abominar de ellos. Su confesor, fray Gabriel del Espíritu Santo, repre-

díale muchas veces tantas mortificaciones. Por hallarse éste enfermo, le llevó la nueva de su cercana muerte fray Pedro de la Concepción.

Era la media noche del martes 19 de Octubre de 1621: D. Rodrigo hallábase entregado á profunda oración mental, cuando llegó á su presencia el religioso, bajo pretexto de pasar con él la noche. Bien pronto comprendió el preso la proximidad de su agonía, al oír de labios del padre, trabada ya conversación entre ambos, que Dios quería venir *mañana mismo* á confortarle en el trance de sus aciagas desventuras. Arrodillóse entonces delante del Crucifijo y repitió, como al escuchar la sentencia:

—Señor, hágase en mí vuestra santa voluntad; que siempre—añadió con varonil arranque—siempre con este mismo ánimo arrostré todas las tribulaciones de mi vida.

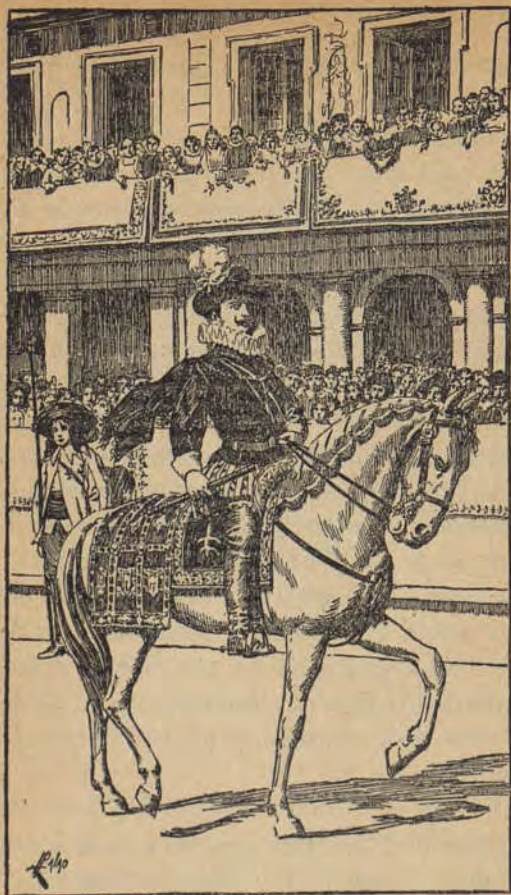
Hablándole fray Pedro de los premios que Dios concede á los que saben aprovecharse de lo que padecen, ofreciéndole sus trabajos, respondió D. Rodrigo:

—Plegue á Él, padre, que mis pecados no sean parte para que yo pierda tanto bien: que le puedo asegurar me ha dado Su Majestad tanto gusto, que si no pareciera liviandad, *me reiría*.

Ese fué su talante hasta el momento mismo de entregar su cabeza al cuchillo del verdugo.

—Parece—decía más tarde á su confesor—que tenía presentida esta muerte ignominiosa que voy á padecer; porque un día de toros y cañas, que los reyes presenciaron, me desvanecí de tal manera, considerándome á vista de príncipes, damas, señoras y consejeros y á los ojos de cien mil personas que con atención me miraban sobre un hermoso caballo, en cuerpo, con bastón de capitán de la guardia alemana, por todos respetado y reverenciado, que osé desdeñar á amigos y enemigos desde mi altura; y pensé: ¡Que me vea en tanta fortuna sin merecerla! ¿Qué sería si los que me ven ahora triunfando y otros tantos más me vieran algún día en esta misma plaza, quitarme la vida afrentosamente, que tanto lo temo?—El presagio se realizó punto por punto.

Con licencia del rey testó el día 20 de 20.000 ducados. Declaró, por salvar á don Juan de Guzmán, que era suya toda la culpa de la muerte de Francisco Ibarra, y escribió finalmente á su padre una carta, en la que imploraba su bendición y le recomendaba á su mujer é hijos, «amadas pren-



...SOBRE UN HERMOSO CABALLO...

das de mi corazón—decía—pues ya no les queda otro padre para su consuelo y remedio, que todo lo confío de su paternal amor».

Al amanecer del 21 pidió el vestido con que había de morir, que fué una sotana larga, capuz y caperuza de bayeta negra. Viendo que la sotana tenía cuello, cortóle con sus propias manos; «á fin—dijo—de que el verdugo pueda sin embarazo hacer su oficio». Con este mismo objeto advirtió que el de la chupa fuese sin almidón, y que se le hilvanasen al jubón, pues era postizo. Oyó nueve misas, todas de rodillas y regaló su rosario á un religioso de San Jerónimo, muy su amigo.

A las nueve de la mañana fué don Pedro de Mantilla, alcalde de corte, con 70 alguaciles de á caballo y 30 de á pie, á dar las últimas órdenes para que se sacase al reo á las once en punto. A las diez y tres cuartos, previo aviso, dijo el padre Pedrosa á Rodrigo:

—Señor, ya dicen que Dios nos llama y que es hora de ir á buscarle.

—Flaco me siento de cuerpo y alma—replicó aquél, desfallecido momentáneamente.

Bebió dos sorbos de agua y tomó un huevo y media taza de caldo, con que recobró

incontinenti el abatido brío, para no perderlo ya sino con la vida.

Bajó la escalera acompañado de los religiosos y guardia, y para subir en la mula que le estaba preparada (una de las de su caballeriza), dió el Crucifijo á su confesor, «y tomando la rienda en la mano izquierda, se santiguó con la derecha, puso el pie en el estribo y teniendo el otro el verdugo, montó con tanto aire y valor como si fuera á alguna fiesta»; luego compuso el capuz, echándole sobre los hombros porque no estuviera desairado, y tomó de nuevo el Santo Cristo. Llegó el verdugo á atarle los pies por debajo de las cinchas y D. Rodrigo le dijo:

—No me ates, amigo. ¿Piensas que me de ir?

—Es órden—le arguyeron.

—Pues si es órden, ata, hermano, ata.

A las once en punto le sacó el verdugo. la mula del diestro, y así fué todo el camino.

Llevaba el cabello suelto por encima de los hombros y la barba crecida hasta el pecho, pues no la había afeitado en treinta y dos meses cabales. Miraba á todas partes, contemplando con interés la numerosa muchedumbre que invadía la carrera, y por

ventanas, balcones y tejados se asomaba.

—Dios te dé valor—decíanle los grupos.

—Amén—contestaba don Rodrigo.

—Dios te perdone y dé buena suerte—
exclamó una voz.

—Dios te lo pague,—replicó entonces,—
que si hará.

Ordenóse que no se pidiese por él limosna pública y que las campanillas de las cofradías y el pregonero fuesen muy adelante, de suerte que don Rodrigo no oyese ni uno ni otro, porque no se inquietase.

Bajó por la calle Ancha á la Plaza de Santo Domingo, y desde allí siguió por la Costanilla de los Angeles, Plazuela de Santa Catalina de los Donados, atravesando la calle del Arenal para dar en la de las Fuentes, por donde subió á la Plazuela de Herradores, calle Mayor, de Boteros y Plaza Mayor. Precisamente en esta carrera estaban las casas de todos sus jueces, circunstancia que observó con alegría.—«Porque en esto—dijo—he imitado á Jesucristo».

En llegando al cadalso, sin dejar de la mano el crucifijo, se apeó con muy buen aire, y á la puerta de una contravalla se arremó y se recogió el capúz sobre el hombro derecho; subió seis gradas, en donde le esperaba el padre Pedrosa, y así que le vió,

mostró tanto regocijo, que se rió y le dió la mano para subir. Y como advirtiese que el patíbulo estaba descubierto, dijo:

—Padre, yó no he sido traidor; me quieren degollar por detrás: ¿como está el cadalso sin luto?

Sosególe el religioso; sentáronse ambos en la tarima, donde, arrodillados doce sacerdotes, rezaban las recomendaciones del alma, que don Rodrigo repetía después de reconciliado con su confesor; besóle la mano y se fué á sentar en la silla elevada para degollarle.

Al sentarse, se volvió á levantar para mejorar de posición en el asiento, echando el capúz por detrás de la silla y mirando á uno y otro lado para enmendar cualquier imperfección del traje.

—¿Estoy bien?—preguntó al verdugo, quien le contestó afirmativamente, pidiéndole el perdón de rúbrica, que don Rodrigo le otorgó, abrazándole.

—Ea, señor—le amonestó el padre Pedrosa—esta es la hora en que V. E. muestre su ánimo y valentía, pues ya hemos llegado al último lance de la batalla.

—Nunca he estado más contento y animoso,—repuso el infeliz.

Dejóse atar los piés y los brazos, apenas

le advirtieron que así estaba ordenado, y recomendó al verdugo que, para taparle los ojos, emplease una venda que él mismo llevaba, lo cual hizo aquel atándole el tafetán por las espaldas.

—Cuidado, que no ha de ser por ahí, sino por delante—arguyó al notarlo, cuidadoso siempre de su honra.

Quiso luego el verdugo sujetar las puntas fuertemente, y don Rodrigo le atajo diciéndole:

—No tires, que yo me estaré quieto.

—Diga V. E. «Jesús»—le interrumpió el padre Pedrosa.

Díjolo con gran fervor y al punto le echó el verdugo el cuchillo á la garganta, recibiendo el golpe con tal serenidad, que los que estaban cerca, oyéronle decir «Jesús» segunda vez, al tiempo de entregar su alma al Creador.

Fué enterrado en las Carmelitas descalzas de la calle de Alcalá, y pocos años después trasladado al convento de las monjas de Porta-Celi de Valladolid, donde se le dió sepultura en una bóveda de la capilla mayor. Durante algún tiempo se enseñaba su cuerpo, mantenido sin corrupción, según afirman testigos fidedignos.

En sufragio del difunto se dijeron mu-

chas misas, que costeó la piedad de sus amigos y deudos, ó que desinteresadamente le aplicaron numerosos sacerdotes.

Por cierto que es curiosísimo el lance que, por notable, cuenta el interesante manuscrito á cuya fé me atengo (1), sucedido en el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, de esta corte, en la última misa celebrada por el alma de don Rodrigo, el día de su ejecución, como patrono que era de la capilla mayor de aquella Iglesia. Fué cantada, la dijo el comendador, á la hora de las doce, la misma en que estaban degollando al sin ventura, y aseguró el oficiante, varón veraz y virtuoso, que todas las veces que dirigía al pueblo el *Dóminus vobiscum*, siendo así que celebraba de *requiem*, cuando se volvía al altar hallaba registrada misa de diferentes mártires y una de ellas de *San Juan Bautista*. También lo certificaron igualmente el diácono y subdiácono.

¿Puede insinuarse con más habilidad y delicadeza que Felipe IV fué con el marqués de Siete Iglesias tan injusto, cruel y despiadado como Herodes con el precursor

(1) Vida, prisión y muerte de don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, ministro que fué del rey don Felipe III. Anónimo.

de Jesucristo? No hay ley de imprenta posible en lucha con las armas del ingenio.

La verdad parece que don Rodrigo, de condición hidalga, pero humilde, hubo de ensoberbecerse y deslumbrarse, como él mismo confesara, al mirarse encumbrado á la altura de los más poderosos de la tierra; á este propósito dice el sesudo Padre Mariana: «la prosperidad es caballo desbocado, pocos la gobiernan y se gobiernan en ella bien.» No fué, con todo, D. Rodrigo un ambicioso vulgar, sin dote alguna que justificase sus aumentos y el estímulo que á lograrlos le empujaba. La energía de su carácter, hartó probada hasta el postrer instante de su vida, acertó á borrar en la fortuna adversa la animosidad que en la próspera le conquistaron sus desabrimientos y asperezas, no exentos, en puridad, de blandura de corazón y nobles fines. ¿Es que entonces, limitados ya los horizontes de su deseo por la sombría perspectiva de su destino, concentró todo el vigor de aquella voluntad, siempre inquieta y anhelante, para afrontar la última desventura, que eclipsó su estrella, con la misma fortaleza con que se mostró altanero, díscolo, inaccesible copartícipe de la soberana autoridad?

De cualquier modo, puede asegurarse

que fué más grande en el cadalso de la Plaza Mayor, muriendo como cristiano sin miedo más que á la afrenta, que en el Alcázar de Felipe, dictando leyes é imponiendo su capricho á España. Quizá, sin embargo, necesitó de su grandeza de ministro para cimentar su orgullo de ajusticiado; porque vió el mundo desde muy alto, despreciólo y salió de él con regocijo... Así, no sin razón, le hace exclamar Ayala:

Nunca el dueño del orbe, Carlos quinto,
hubiera reducido su persona
de una celda al mezquino alojamiento,
¡si no hubiera tenido una corona
que arrojar á las puertas del convento!...

LOS CUATRO MOSQUETEROS

LOS CUENTOS DE LA BIBLIA

LOS CUATRO MOSQUETEROS

(RECUERDOS DE UNA PAELLA)

1

CORRÍA el año 5.871 de la Era pagana, durante el cual, tras las respectivas tareas burocráticas, reuníanse á diario en excéntrico, oscuro y casi ignorado cafetín, donde una vieja caféfila, asídua lectora de Dumas (padre), les llamaba los *Mosqueteros*, y la gente de coleta, que culebreaba por los rincones, los *chisteras*:—eran los únicos parroquianos que se permitían el lujo de la copa alta.—Allí, entre sorbo y sorbo de un moka, más ó menos convencional, servido por el *Cura*, mozo de quien podía decirse que no tenía pelos en la cara—y tal fué el origen de su mote—así como hay otros que no los tienen en la lengua, charlaban de los asuntos que habían despachado ó tenían para despachar; de mujeres, cuando tomaba la batuta de la conversación *Aramis*, el

más pollo de los cuatro, aunque los cuatro gastaban espolones; de gastronomía, si actuaba de protagonista *D'Artagnan*; *Porthos* del sueño, de sus dulzuras y ventajas; *Athos* de la última real orden, ó de los planes absolutistas de Bismark, con quien no estaba completamente de acuerdo; y todos á coro de la probabilidad del codiciado ascenso, de las cábalas que, para obtenerlo, serían menester. Digámoslo en su honor: no consta, á pesar de la vecindad de los toreros, que los toros dieran materia á sus interesantes y múltiples lucubraciones.

D'Artagnan, ocupado ó distraído de otra suerte, no había asistido aquella tarde al cónclave. Verdad es que, á producir sus faltas de asistencia al café, el efecto señalado á las que, como estudiante, costáronle más de un disgusto con sus padres y maestros, habría sido expulsado há largo tiempo de las íntimas reuniones vespertinas.

Porthos se despidió de *Athos* y *Aramis* y este acompañó al segundo hasta su vivienda, ya extramuros de la villa y corte. Antes de separarse ambos, dijo *Aramis*:

—Esta noche vendré á tu casa.

Y sin darse la mano, fórmula que holgaba entre ellos, por más fuertes vínculos unidos, tomó cada cual distinto rumbo.

¡Ah! Si el pensamiento confiara á la palabra el secreto de todas sus misteriosas y ocultas evoluciones!...

Un taquígrafo del alma, arte en mal hora ra por nosotros desconocido todavía, hubiepodido trasladar al papel el siguiente discurso de Aramis, perdido para los fastos de la elocuencia contemporánea:

—Estoy resuelto. Hoy, ó poco puede mi experiencia del mundo y del carácter singularísimo de Athos, ó le arranco la máscara y le arrastro á una confesión paladina de su nuevo amor... ¡El viudo inconsolable!... ¡El hombre que parecía exclusivamente entregado al recuerdo de la que fué madre de sus hijos y señora única de su corazón!... Así es la humanidad: carne, materia, podredumbre, necesidades fisiológicas...—Ideas puras, sentimientos desinteresados, lo espiritual, lo sublime emigraron á otras regiones, si por ventura, descendieron alguna vez á este desdichado planeta donde dicen que vivimos... Es, á saber, donde obedecemos, esclavos miserables, la ley tiránica de una naturaleza apegada, como el molusco á la roca, á los exigentes caprichos de repugnantes y ruines apetitos.

Yo demostraré que, en esa vergonzosa regla general, cabe, al menos, una excep-

ción, prosiguió discurriendo Aramis.—Abnegación me sobra para realizar la empresa. Ninguna mira bastarda me guía: salvaré á ese fragilísimo Athos y tendré la complacencia de haber practicado una buena obra solo por ser buena ..

Y sonrió satisfecho, como quien se siente contento de sí mismo.

II

QUÉ pasó aquella velada en casa de Athos?...

Las versiones que acerca del suceso llegaron á oídos de Porthos y D'Artagnan, difieren notablemente en el fondo y en sus pormenores.

Aramis, enojado y cariacontecido, refirió que al sentarse á jugar el consabido tresillo, rogó á Pura se colocase á su lado, lo cual ejecutó aquella cortés y sonriente; que, comenzada la partida, cruzada alguna broma entre él y Pura, con quien no excusó galantes, pero inocentes chichisbeos, Athos dejó las cartas y se levantó con mal reprimido disgusto, á pretexto de que Aramis no se fijaba debidamente en el juego; que, á las doce, abandonó Aramis la tertulia, siendo tratado por Athos con manifiesta é intolerable sequedad.

Athos confesaba que, en efecto, no habían llegado al colmo sus atenciones para con Aramis...

Pero argüía, enérgico y descompuesto, mezclando en armonioso castellano el castizo *sapristi* y el expresivo *parbleu*, que Pura, aunque libre y dueña de sí misma, estaba en su casa bajo su guarda y custodia; que, en tal concepto, no se hallaba propicio á afrontar ciertas responsabilidades, harto graves; que Aramis, embastecido en el trato continuo de una sociedad femenil de escasas pretensiones, había olvidado las pulcritudes, delicadezas y perfiles inherentes á un tresillo que no se juega en camilla ni á la luz intermitente de un velón; y que tan pronto como resultara comprobado el más leve indicio de amorosa inteligencia, á sus ojos bastarda y criminal, entre Pura y Aramis, la dama sería devuelta á sus padres, de quienes él no sin trabajo había conseguido la permitieran pasar una temporada al lado de sus tiernos sobrinos (hijos de Athos), en consideración á las críticas circunstancias por que los huérfanos atravesaban, faltos del cuidado y del cariño de su madre, prematura y cruelmente arrebatada á la vida, meses antes.

Oídas estas declaraciones, Porthos y

D'Artagnan, decidieron, de común conformidad, abrir una información minuciosa y solemne, aunque recatada y sumaria, á fin de precisar y definir las causas y efectos de la deplorable excisión surgida entre dos de los cuatro Mosqueteros; ó séase, como ellos escribieron en la cubierta de los autos: *Del origen, desarrollo y estragos del mildew en nuestro viñedo.*

III

ARAMIS seguía entregado, cada vez con más ardor, al pensamiento que le dominaba y servía de tema á sus reiterados monólogos. ¡Qué letra... y qué música la de aquellas arias!...

Alto, delgado, nervioso, de mirada viva é insinuante, revolvíase inquieto entre las cuatro paredes de su gabinete de huesped, donde nadie le oía ni le veía, donde nadie tenía interés en observarle, y midiendo á grandes pasos el cuadrilátero que dejaban franco el sofá y las seis sillas del inevitable reps, una mesa de despacho y una taquilla que sustentaba libros y objetos de tocador en apacible consorcio, meditaba para su sayo, ora desconcertado, ora sombrío:

—De modo que toda tentativa de reden-

ción lleva aparejado el consiguiente calvario... De modo que hacer el bien por el bien es la mayor de las majaderías en que puede incurrir un corazón sano, noble y generoso como el mío... Porque aquí, en el apartamiento absoluto en que ahora estoy, no hay traba que me impida aceptar y repetir el fallo de mi conciencia: yo soy un hombre recto, justo, honrado á carta cabal, amigo de mis amigos hasta el sacrificio, que, por impulsos de todo punto laudables, quiero salvar á Athos de un peligro harto inminente. Él, engolfado durante toda su vida en el estudio de infolios y legajos, no sabe de la misa la media y poseyendo grandes conocimientos jurídicos y administrativos, camina á ciegas por los ásperos derroteros de esta corrompida sociedad. Unos ojos rasgados, un palmito más ó menos gracioso bastan á trastornarle. Una sonrisa á tiempo, una mirada al descuido le harían cometer el mayor de los desatinos:—volver á casarse... ¿Y en qué condiciones?... Protesto de que Pura no me parece despreciable: es bonita, tiene talento... No procedo por odio ni mala voluntad á ella, sino por amistad entrañable á él. Le veo al borde del precipicio y le tiendo la mano para evitarle la caída... ¿Haría más un padre por un hijo?...

Y sin embargo, apenas inicio la campaña, recibo un sofión y me pone á punto de recordarle los más rudimentarios preceptos de urbanidad y buena crianza...

Aquí hizo alto Aramis, cruzaron por su cerebro ideas las más diversas y al fin, coordinándolas de nuevo, pensó:

—No debo tomar en serio las brusquedades momentáneas de Athos... ¡Lástima fuera que nuestro sincero afecto estuviese á merced de un raptó inconsciente de mal humor!... Insisto en mi propósito... Adelante. Yo le demostraré que Pura no le quiere, si logro que se decida por mí... Y después... después... después...

El concepto no llegó á determinarse con fijeza ni aún en los senos recónditos de su entendimiento, porque la aparición de Porthos cortó de pronto el hilo de sus cavilaciones.

IV

PARA juez instructor, Porthos no hubiera tenido precio. Sereno, reposado, indagador, concienzudo, con ribetes de malicioso y añagazas de hombre corrido, sondeaba las intenciones hasta el fondo y esclarecía los hechos aún en sus más insignificantes accidentes.

De su conferencia con Aramis dedujo algo muy trascendental para el resultado de la información emprendida.

Aramis, no obstante, se limitó á decirle —y así lo expresa el manuscrito de donde procede esta verídica historia:

Que se había propuesto sencillamente descubrir la oculta pasión que Athos sentía por Pura y contrariarla hasta donde le fuese posible, visto que á aquel no le convenía en modo alguno dar madrastra á sus hijos, exponiéndolos á las contingencias

siempre lamentables, «de la coexistencia, decía él, de dos familias distintas bajo el propio techo y viviendo á expensas de los mismos recursos.»

Ni más ni menos.

Si algunas insinuaciones que pudieran significar inclinaciones de su parte á Pura, había hecho á esta en la célebre noche del suceso, y quizá, aunque con menor alcance en otras ocasiones, su proceder en tal concepto no era sino el medio de que se valía para averiguar los grados que en el termómetro de los celos señalaba el naciente amor de Athos.

D'Artagnan, por otro lado, había sometido á Athos á formal interrogatorio.

De él resulta que Pura le era en absoluto indiferente; que no pensaba casarse con ella, ni semejante idea había acudido jamás á su imaginación; que si algo le molestó de la actitud de Aramis en su casa, fué exclusivamente algún detalle de forma, pero de ningún modo el hecho, cierto ó no, inverosímil ó probable, de que aquel tratara de aspirar á su blanca mano...

—Lo que hay, añadía, es que en ese caso me apresuraría á ponerla bajo la égida de sus padres. Y allá se las hubieran unos y otros.

Ni más ni menos.

—¡Enamorarme yo!, exclamaba irónicamente aquel

«filósofo consumado,
de físico consumido,»

como le calificara en cierta quintilla D'Artagnan;—enamorarme yo de una niña á quien conocí de traje corto y á quien miro siempre bajo el prisma de la afinidad que nos une y á la distancia de la edad que nos separa...

D'Artagnan, así y todo, debió de traslucir algo muy sustancial y digno de atención en las afirmaciones de Athos, porque, al reunirse con Porthos, que respecto de Aramis hubo de hacerle alguna indicación en tal sentido, se apresuró á contestarle, interrumpiendo la nota que consignó en las actuaciones:

—Es preciso aclarar el enigma á todo trance.

V

MORENA, de ojos negros, que D'Argentan llamaba *relampagueantes*, porque, animados en ciertos momentos, lanzaban vivísimo destello, cual el del relámpago apagado enseguida; de facciones correctas y atractivas; más bien baja que alta como deben ser las mujeres, que ni aún físicamente están llamadas á rebasar el nivel del hombre, reunía Pura encantos suficientes para conquistar, no ya á Athos, de suyo dulzón, sensible y enamoradizo, sino plazas mejor guarnecidas y más vigorosamente fortificadas.

Y es que, aparte de eso y sobre todo eso, tenía inteligencia nada vulgar y una perspicacia para darse cuenta de cosas y personas, como para sí quisieran políticos de talla, obligados á estudiar y dirigir el curso de los negocios públicos.

El día siguiente á la desagradable escena del tresillo, y aprovechando la presencia de personas de la familia de Athos, que de aquélla habían sido mudos, aunque suspicaces testigos, hablóle en estos ó parecidos términos:

—Tu conducta irreflexiva, y para mí inexplicable, me colocó anoche en una situación difícil, desairada y violenta. Olvidando elementales deberes, y arrogándote, en cuanto á mí, una representación que, mientras ellos vivan y yo esté soltera, sólo á mis padres corresponde, faltaste á un amigo, acreedor por serlo y por hallarse en tu casa, á la cortesía, que á nadie se niega, y á la afectuosa solicitud propia de los lazos que tan de antiguo os unen.—Verme en ello envuelta me duele y me mortifica, por que temo se interprete el hecho atribuyéndolo á móviles, que nadie tiene derecho á suponer te impulsan, puesto que entre tú y yo no existen más vínculos que los de nuestro parentesco. Otros, sin embargo, pudieran creerse que nos ligan desde el momento en que te solivianta y te exaspera que un hombre, quien quiera que sea, me haga objeto de alguna distinción de mera fórmula.

Ruégote, pues, continuó diciendo, segu-

ra de la lógica irrefutable de sus palabras, que en lo sucesivo reprimas tus ímpetus de señor de vidas y haciendas y borres de tu escudo, al menos con relación á mí, la horca y el cuchillo, el pendón y la caldera...

Una descarga cerrada que á boca de jarro recibiera Athos, no le hubiera sorprendido, acongojado y cohibido más que el *speech*, premeditado, retórico y hasta elocuente, de la niña á quien había visto y creía seguir siempre viendo de vestido corto.

Se excusó como pudo y aquella tarde no acudió al Areópago. Tampoco asistió Aramis—¡vayan ustedes á investigar el por qué de tal coincidencia!—y la libertad que así lograron Porthos y D'Artagnan les permitió discutir á solas con la calma necesaria el caso objeto de sus tareas procesales.

¿Convendría recibir declaración á Pura? ¿Sería preferible llenar este vacío por un medio indirecto, pidiendo datos y recabando antecedentes por otro conducto?... ¿Daría aún más eficaces resultados el resorte utilizado en circunstancias análogas por personajes de drama y de novela, consistente en precipitar los acontecimientos, provocando una crisis decisiva?... Al efecto, Por-

thos, solterón empedernido, se encargaría desde luego de *hacer el amor* á Pura...

Así se acordó.

A poco, D'Artagnan recibía avisos apremiantes, casi simultáneos, para avistarse, sin pérdida de tiempo con Aramis, con Athos, con Porthos... y con Pura.

El *mildew* había hecho terrible presa en las cepas mosqueteriles.

VI

QUIÉN ha dicho—¡pecador!—que la campiña de Madrid es árida, seca, monótona, tan estéril para el labriego como desapacible para el turista?

Ahí está el pintoresco regazo, donde se alzan, camino del cementerio del Este, las famosas Ventas del Espíritu Santo. Unos cuantos árboles entecos que no dan sombra en verano, ni leña en invierno, bordean, á largos trechos, mustios y torcidos, el emplazamiento de tabernas y merenderos, donde la gente del bronce consume *cayos* (con y por supuesto) agota *boteyas* y esgrime lo mismo la lengua que la navaja. ¿Cómo atreverse á llamar mujer, dulcísima medianera de las alegrías puras, de los sentimientos delicados, de las ideas nobles, emblema del amor casto, depósito sagrado de las ternu-

ras de esposa y madre, á aquella desgarrada consocia del matón de oficio, experta en sus truhanerías, cómplice de sus devaneos, asídua parroquiana de *La Taurina*, ¡*Viva España!* y *El Edén?*... En aquellos templos del vicio, entre copa y borrachera ó pendencia y puñalada, causas y efectos respectivamente de las expansiones con que brindan los horizontes de las Ventas, consúmense cínicas orgías, prepáranse estafas y robos, ó festéjanse acontecimientos tan honrosos como la salida de la Cárcel Modelo ó la vuelta de presidio del célebre *Chato* y el inolvidable *Narizotas*.

Y allí, precisamente allí, á un esbelto cenador de *El Turia*, el más clásico de los establecimientos de tan aristocrático sitio de recreo, fueron nuestros mosqueteros á ventilar de sobremesa el árduo problema que los traía divididos y preocupados hasta entonces.

Aramis dispuso y condimentó la suculenta *paella*, que dió principio al festín, acreditando una vez más sus singularísimas aptitudes culinarias. No en vano vió la luz en tierra valenciana, emporio del arte por excelencia, que era y sigue siendo para D^eArtagnan, conservador impenitente, el que regala el estómago, mantiene la vida y

facilita el ordenado y próspero desenvolvimiento de las funciones del espíritu... Una langosta monumental y otros platos tan li-



geros como éste, completaron el frugal almuerzo.

A los postres, Porthos, el menos comunicativo de los cuatro, levantóse y dando rienda suelta á una oratoria en él anormal

y extraordinaria, dedicó notabilísima disertación á la necesidad de abolir y derrumbar para siempre el imperio de la mujer sobre el hombre.

—Juremos, terminó diciendo, que las gracias femeniles, los coqueteos de la doncella como las redes de la camastrona, serán contra nosotros inútiles ardides, estocadas al aire, balas de papel frente á corazas de templado acero.

Rióse D'Artagnan y preguntóle Aramis:

—De qué os reís, mi señora?

De qué os reís, vida mía?...

A lo cual contestó el interpelado en el mismo tono y siguiendo el texto del romancero:

—Ríome del caballero

y de su gran cobardía:

¡tener la niña en el campo

y catarle cortesía!...

—La niña es sólo para mí, interrumpió Athos en expresiva prosa.

—Hemos llegado, repuso D'Artagnan, al punto culminante de nuestra jornada: y yo, que en la cuestión soy el más imparcial, por resultar el más desinteresado, debo ya

descorrer el velo de la situación en que cada uno de vosotros tres se halla colocado. Si al descorrerlo se rasga, de cuenta mía corren los daños y perjuicios.

Se produjo entre los comensales un natural movimiento de atención, no sin que Athos y Aramis fruncieran por lo pronto el entrecejo, y el orador se explicó de esta guisa:

—Señores y colegas: decía el mariscal Villars que en la guerra todo depende de infundir respeto al enemigo y logrado esto, de no darle tiempo á cobrar aliento. Villars unió el ejemplo de sus actos al principio de sus doctrinas; el más feliz éxito coronó casi siempre sus operaciones... Imitemos á Villars. Tenemos enfrente un enemigo y debemos imponernos á él, intimidarle y destruirle. ¿Quién es ese enemigo?... Lo diré de una vez y cuenta que no admito protestas: la afición que los tres, los tres por igual, sentís hacia la seductora Pura... (*Desorden, confusión, voces contradictorias en el auditorio.*)

—No hay que negarlo hipócritamente, continuó. Athos está perdidamente enamorado de sus encantos.

El tribuno apuró su copa de un trago y prosiguió diciendo:

—Ella me lo ha confesado... (*Atención creciente. Sensación.*) Pero es el caso que Aramis la pretende también y que á Porthos le parece deliciosa. (*Señales de asombro y sorpresa entre los circunstantes.*) Ella me lo ha revelado.

—¿Con que tú también?, exclamó Aramis, dirigiéndose á Porthos.

—¿Con que los dos osais disputármela? rugió, más que habló, Athos.

—¡Silencio! prorrumpió D'Artagnan. Digo cada cual, por orden y con perfecto dominio de sí mismo, lo que cuadre á su hidalguía y mejor se avenga al que repute su derecho.

Y se sentó.

VII

PORTHOS tosió, se estiró el chaleco, pasóse el pañuelo por la frente y dijo:

—He conseguido, amigos míos, el objeto que, al brindar, me propusiera. Siempre temí á la mujer. Comprendo la novia, mientras no pasemos de los treinta años; me explico más tarde la amiga pródiga... con su cuenta y riesgo nuestro; el hombre es un ser imperfecto, que ha menester complementar su personalidad bajo distintos aspectos... Lo más triste es que, en tal camino, se sienta incondicionalmente solicitado por la influencia de un talle y una cara..., como los de Pura, verbi-gracia... Yo le he declarado una pasión... de oficio, un amor previamente pactado y convenido para los fines á que D'Artagnan y yo hemos dirigido nuestras pesquisas...

—Eso es indigno, murmuró Athos.

Aramis guardó silencio.

— Pero, agregó Porthos, ella ha tenido la benevolencia de escucharme en serio y seriamente confieso que, al jugar con fuego, me he quemado. ¿La solicitais?... La solicito. ¿Debemos todos renunciar á ella?... La obediencia que nos impone la religión mosqueteril, no será por mí nunca quebrantada.

— Mantengo mi derecho preferente, dijo Athos. Y fuera caretas.

— Fuera caretas, repitió Aramis. Conste que me propuse abordar una empresa meramente especulativa y me he visto, como Porthos, interesado en un negocio esencialmente personal. Ya puedo aludirme á mí mismo, renegando de los egoismos que caracterizan nuestra mísera condición humana... Quise salvar á Athos y he sido herido con el arma misma, que pretendía esgrimir en su defensa... Pura me ha oído y me ha alentado...

— ¿Y aquéllas vuestras protestas de indiferencia hacia ella?... ¿Y aquéllos vuestros proyectos de impenitente celibato?... ¿Y el brindis con que acaba de regalarnos Porthos?...

— Astucia, arguyó éste, para sorprender al enemigo. Cuanto á mí, os declaro que en

mis planes bélicos no entra el matrimonio como línea de operaciones. Y por si alguien ha creído lo contrario, vista mi posición en el campo, mudo la táctica, dejo el recodo y avanzo de frente...

Athos y Aramis pretendieron hablar á la vez. Ambos, sin embargo, callaron á la par, ante la aparición inesperada de un nuevo personaje.

¡Pobre *Bragelonne*!... Así se le conocía, aceptada la genealogía de la caféfila, por ser, si no hijo, sobrino y ahijado de Athos. Flaco, canijo, sin color ni sangre, los ojos hundidos y extraviados, los pómulos prominentes, la nariz afilada, enmarañado el cabello, más bajo que alto, acaso por la curva que describiera su espina dorsal, extremadamente flexible ó peligrosamente debilitada, se acercó á los comensales, saludando con un gesto y un gruñido, y sin otro preliminar tomó asiento al lado de D'Artagnan. Éste le llenó una copa hasta los bordes, que aquel apuró de un sorbo.

—Bragelonne, dijo D'Artagnan, viene, convidado por mí, á tomar café con nosotros. ¿Traes el paquete? le preguntó.

—No le doy: trato deshecho, exclamó el neófito, de mal talante, escanciando otra copa, á la cual siguieron otra y otra...

A poco rodaba sobre la mesa un lío de papeles iguales, atados con una cinta roja. Bragelonne bebía y bebía, sin interrupción. Sus ojos, mortecinos y abismados, se animaban con fulgores extraños, que daban á su rostro extenuado el aspecto de un cadáver que se galvaniza...

—¡Qué demonio! gritó de pronto: ahí está la historia con todos sus pelos y señales.

Aramis se había apoderado ya de las cartas: no otra cosa eran los documentos empaquetados bajo cinta roja...

VIII

LLEGÓ á leerlos Athos? ¿Prosperaron entre los *Mosqueteros* las subversivas máximas de Porthos?...

Tiempos andando, después de cerrada la información sobre *los estragos del mildew*, D'Artagnan escribió por vía de apéndice, epílogo ó sentencia moral de los hechos de autos:

«El hombre será siempre juguete del *eterno femenino*. ¡Desgraciado Athos!... Bragelonne se casó con Pura.

Y Bragelonne, borracho, pendenciero, holgazán, atrabiliario, desvergonzado é inepto, vengó á Athos, á Porthos y Aramis, condenando á Pura á todo linaje de desdichas...

También el *eterno masculino* obtiene sus desquites. Antes y después de los cuales es justo decir:

—¡Pobres mujeres!...»

CAMPEONES DEL DEBER

CAMPEONES DEL DEBER

I

NO son las *pequeñeces* de la historia, materia y fin de la crónica menuda, alicientes de poca monta y significación escasa para el lector curioso que sabe deducir enseñanzas interesantes, así de los memorables acontecimientos que alteran el mapa ú ofrecen nuevas perspectivas á la civilización ó la barbarie (de todo hay en la viña del Señor), como de esos hechos, al parecer sin transcendencia, que no rebasan los estrechos límites del sacrificio personal y el heroísmo anónimo. ¡Cuánta página gloriosa yace traspapelada entre el polvo de la indiferencia ó el olvido!...

—Allá va una—me dijo el general—mientras me miraba fumar sendo Cabañas. Él no es contribuyente de la Tabacalera.

—Allá va, repito yo, despidiéndome de otra colilla.

Corría el año 1856.

Epoca de agitación en los ánimos y de revueltas en las calles, dominaba en todos los organismos de la sociedad y del Estado cierto peligroso desconocimiento de la rigurosa disciplina del deber. Aflojados los resortes del mando, el principio de autoridad oscilaba, aún para los más amigos de respetarlo, á merced de criterios opuestos y de quebrantos incesantes.

Lo que ayer constituía la legalidad, pasaba á ser faccioso hoy, quizá para volver á su anterior representación mañana. Las situaciones políticas sucedíanse en España con rapidez vertiginosa, mediante los efímeros triunfos de la fuerza. La soberanía radicaba esencialmente en las puntas de las bayonetas.

Poco antes, Espartero y O'Donnell, de común acuerdo, habían derrocado el Ministerio del Conde de San Luis. Después O'Donnell arrolló á Espartero, pasando de Ministro de la Guerra á Presidente del Consejo de Ministros. Ahora alzábanse los partidarios del general destituido contra el general encumbrado.

Zaragoza era uno de los más firmes baluartes del Duque de la Victoria.

Allí contaba el bravo caudillo con la re-

suelta adhesión de numerosas y entusiasmadas masas. La milicia nacional era suya. Las autoridades mismas simpatizaban ostensiblemente con el movimiento iniciado en su favor. La guarnición no ocultaba tampoco su actitud de incondicional apoyo al ex-regente.

Y sucedió que, en tales momentos, levantada en armas la ciudad y proclamada la rebelión desde la residencia de los más altos dignatarios del Poder, en la Capitanía general y en el Gobierno civil, siete jóvenes oficiales de Artillería, capitanes dos de ellos, tenientes los demás, al separarse jovialmente en el paseo de Santa Engracia, por término de una conversación, dedicada sin duda á recordar el índice de sus conquistas amorosas, diéronse la mano, repitiendo con perfecta unanimidad:

—Esta tarde, á casa de Rodríguez.

Los siete comparecieron puntualmente á la cita. Unos han muerto; otros, alejados del servicio activo, vejetan en la reserva ó disfrutan apaciblemente del retiro.

El asunto que les reunía debió de ser árido é importante. Así lo revelaba el tono de su charla, exenta de retóricos perfiles, pero sesuda y reposada como cumple á quienes ventilan soluciones graves.

Los pareceres mostráronse desde luego absolutamente conformes.

Lo estaban por anticipado: los artilleros se negarían á secundar el pronunciamiento; había llegado la hora de poner fin á esas punibles explosiones de la insubordinación y el desorden.

¿Cuál era entonces la institución que demandaba general acatamiento?... En este punto fueron harto explícitos los congregados; el Gobierno constituido, rojo ó amarillo, azul ó blanco. La Reina nombraba libremente sus ministros. A ellos, soldados de la patria, centinelas de la paz, defensores del Trono, no les tocaba averiguar su origen, ni discutir su credo. ¿Estaban legalmente á la cabeza de los destinos de España?... Esto les bastaba para obligarles á mantener las decisiones regias. Ni se consideraban llamados á dirigir los rumbos de la Administración pública, ni podían crear obstáculos á la Corona. De algún estado de derecho había que partir.

—Aceptemos el que nos dan los hechos consumados—arguyeron.

Y no hubo más que precisar el plan de conducta. La tropa que mandaban—dos baterías, una montada y otra de montaña—estaba alojada en distintos parajes; la pri-

mera en el cuartel de Caballería, de donde era difícil que saliera subrepticamente; la segunda en el Parque, uno de cuyos muros formaba parte de la muralla que circunvalaba la población. Hecho con tepes colocados entre columnas de ladrillo, permitía abrir sin gran esfuerzo ancho boquete por donde ganarían la ronda hombres, mulos y cañones. Así debía empezar la maniobra. Los de montaña aprovecharían las altas horas de la noche, irían inmediatamente á situarse frente al cuartel, en el que esperarían preparados sus colegas, se unirían todos como pudieran, y tomarían el camino de Navarra, procediendo, por último, según aconsejara el desenvolvimiento de los sucesos.

No vaciló ninguno, ni siquiera pensó en las contingencias de la empresa. El regimiento de Farnesio, acuartelado con la batería montada, acaso opondría resistencia... —¿Habría que sostener lucha? La sostendrían. ¿Serían derrotados, tal vez muertos?... ¿Quién da á su vida más valor del que la Providencia le señala?

No sin alguna precaución, disolviéronse los conjurados, abandonando sucesivamente la casa de Rodríguez, casa de huéspedes, y poco sospechosa, por su condición,

aunque alguien les hubiera sorprendido en ella.

La tarde convidaba á pasear, y cada cual tomó dirección diversa, coincidiendo, por casualidad, en uno ú otro lado, con las respectivas señoras de sus pensamientos... Seis eran solteros, y ninguno pasaba de los treinta años.



Al anochecer, se susurró en el Casino que los oficiales de Artillería estaban detenidos en la Capitanía general.

Uno á uno fueron buscados, y allí conducidos precipitadamente.

Ni se les dió tiempo para vestirse de uniforme, ni se les dijo cuál era la causa que motivaba tan súbita resolución. Cuando se encontraron de nuevo juntos en aquel lugar y por tan inesperado designio, no dejaron de cruzar una mirada recelosa, que para el que estuviese en autos podía significar: ¿nos han vendido?

Pero ¿cuándo, cómo y por quién?... De sus propósitos no tenía noticia ningún elemento extraño, ni aun la fuerza de sus baterías, con la cual contaban incondicionalmente.

Ellos mismos no habían vuelto á verse después de su separación unas horas antes.

El general don Antonio Falcón, jefe del distrito, recibió sólo á los dos capitanes.

En su despacho estaban á la sazón la autoridad civil, el alcalde, altos funcionarios de diversos ramos, personajes de arraigo y prestigio en la localidad.

—Señores—les dijo, poco más ó menos, apenas les ofreció asientos, que los invitados rehusaron:—deben ustedes saber que Zaragoza ha proclamado el Gobierno del general Espartero. Todos cuantos aquí estamos reunidos convenimos en la necesidad apremiante de que sea el ilustre adalid de la libertad quien rija, con su habitual pericia, la nave del Estado.

—Supongo—añadió de pronto—que ustedes, *cumpliendo su deber*, seguirán el ejemplo de toda la guarnición y que puedo contar con su concurso.

Y se calló.

El gobernador civil y algún otro de los circunstantes interrumpieron la pausa que siguió á tales palabras, esforzándolas y ampliándolas para demostrar los servicios del vencedor de Bilbao y las ventajas que de su gestión ministerial había de reportar el país.

—¿Puedo expresarme—preguntó Rodríguez, el más caracterizado de los dos, por su empleo personal—con la espontaneidad á que quizá me autoriza la índole excepcional y anómala del acto que presenciamos?

—Diga usted lo que juzgue oportuno—repuso vivamente el capitán general, mordiéndose los labios.

—Pues diré con entera sinceridad, por mi cuenta y en nombre de mis compañeros...

—Sí, sí—corroboró Muñoz.

—Que nuestro concurso personal y el de nuestros soldados, de cuya sumisión respondemos en absoluto, no faltará ahora, ni ha de faltar nunca á V. E...

—Deje usted el tratamiento—atajó el aludido con el tono más dulce de su repertorio.

—Para restablecer el orden, para imponer la legalidad, para sostener los Poderes públicos contra todo atentado ilegal y revolucionario. Así, y sólo así, es como creemos *cumplir nuestro deber*.

—Señor comandante...—murmuró Falcón, con un mal reprimido movimiento de despecho.

—Para cualquier otro fin, ni de nosotros,

ni de la fuerza que mandamos, podrá disponer V. E.

El tratamiento pasó ya sin la cortés protesta del general.

—Es decir—prorrumpió éste—que me niegan ustedes la obediencia y se declaran rebeldes á mi autoridad.

—Por fortuna, en este caso—alegó Muñoz—sabemos perfectamente dónde está la lealtad y dónde la rebeldía. Nosotros somos fieles á las Ordenanzas...

—El espíritu de las Ordenanzas—interrumpió el gobernador civil—permite apreciar las exigencias naturales de otros deberes más imperiosos en determinados momentos... Yo he sido militar...

—No se conoce—murmuraron á coro los artilleros.

—En definitiva—concluyó impaciente Falcón;—¿qué es lo que ustedes se proponen? ¿Seguir en Zaragoza y eludir mis órdenes?...

—Pronunciada la guarnición, queremos apartarnos de ella y marchar con nuestras baterías.

—Y, adoptada esa actitud—observó todavía el gobernador civil,—¿ignoran ustedes á lo que se exponen al salir de aquí?

—Ustedes, que aquí nos han traído, son

ciertamente los que deben saberlo. Cuanto á nosotros, aceptadas las premisas, claro es que estamos dispuestos á afrontar las consecuencias.

El general tocó un timbre y se presentó el Mayor de plaza.

—Haga usted—le dijo—lo que le tengo prevenido.

Al salir del salón donde tan malparado quedaba el *espíritu de las Ordenanzas*, dos centinelas se colocaron á ambos lados de los temerarios oficiales.

—¿Estamos arrestados?—preguntaron.

—Pasen ustedes á mi despacho—contestó el Mayor.

Allí estaban sus cinco compañeros.

—Se les va á expedir á ustedes el pasaporte—añadió aquél.

—¿Para salir con las baterías?

—Para salir solos seis de ustedes, quedando uno, el que elijan, á fin de entregar la fuerza á quienes hayan de mandarla.

—¿Cómo?...

—Y les ruego que se persuadan de la gravedad de la circunstancias. El menor síntoma de oposición á mis instrucciones podría costarles caro. El pueblo está amotinado. Las tropas en los cuarteles. La Milicia nacional sobre las armas. Yo mismo

tengo orden de mandar hacer fuego, si fuese necesario. Evítenme ustedes un penoso compromiso.

Extendido el pasaporte, en él se decía que pasaban á Madrid, á disposición de su Director general, el comandante capitán de Artillería don Juan Rodríguez Quintana, el capitán don Francisco Muñoz y los tenientes don Felipe Urréjola, don Joaquín Remón, don Luis de Pagés y don Juan Aysa, todos de la propia Arma. El teniente don José Gortázar fué el designado para entregar las baterías.

Tales eran los nombres de aquellos oscuros apóstoles de las sanas doctrinas militares.



Daba la una de la madrugada cuando, metidos en un faetón, los seis forzosos viajeros salían de Zaragoza, acompañados del Mayor de plaza, hombre honrado y caballero, que les dispensó todo género de atenciones, sin infringir el rigor de su desagradable cometido. Los seis vestían de paisano; algunos llevaban levita y sombrero de copa; más de dos, estrechas botas de charol, en gran boga por entonces.

Rodríguez y Aysa obtuvieron permiso

para subir un instante á sus domicilios, frente á los cuales paró el carruaje, con objeto de tomar algún dinero... Previsoramente, se proveyó también cada cual de una pistola. Al cruzar ante el Parque del cuartel de Caballería vieron allí dos batallones de nacionales. Evidentemente su plan era conocido en todos sus detalles.

A las seis de la mañana estaban en la Muela. Su acompañante les deseó buen viaje y los dejó en plena carretera, regresando en el faetón al punto de partida.

¿Qué hacían á esa hora, en tal sitio y de aquella guisa, seis flamantes caballeros, que lo mismo podían volver de un duelo que prepararse para asistir á una boda?

El cabo de la guardia civil del puesto les comunicó sus dudas, harto justificadas, sobre el particular, y enterado de la calidad y procedencia de los viandantes les indujo á que siguieran á pié y fuera del camino real, hasta la Almunia. Todo Aragón estaba levantado en pro de Espartero. Si caían en manos de los grupos armados, podían correr inminentes peligros.

El día era caluroso; el sol de Julio ardía sobre sus cabezas, tras una noche de emociones y de insomnio... Aprovechando sendas y veredas, no siempre fácilmen-

te accesibles, sin haber cenado y sin la seguridad de poder almorzar, doloridos y jadeantes, llegaron á la Almunia á las tres de la tarde.

Un primo de Aysa, vecino de la villa, acaso les podría orientar y socorrer...

Pero el primo era, mal de su grado, jefe de la milicia, y aunque animado del mejor deseo, temeroso de provocar contra sí las sospechas de los suyos, su consejo fué decidido y categórico: que partieran inmediatamente para Alhama por el barranco de Villafeliche. Allí podrían alcanzar la diligencia... andando mucho y andando deprisa.

Débilmente entretenido el hambre con algún bocado, que asustada Maritornes les sirviera, reanudaron enseguida la jornada. Los sombreros de copa alta apenas conservaban huella de su esbeltez de torre; las botas de charol iban desquebrajándose al compás de los piés que aprisionaban. El terreno, calcáreo; el calor, insufrible; el cansancio, en aumento; el apetito, de par en par... En una venta les dieron unos huevos á peso de oro. Hasta las siete de la mañana siguiente no descubrieron el famoso balneario de las Termas. La diligencia debía pasar minutos después.

Pero el administrador empezó por advertirles que vendría llena. Él no podía darles asiento.

—¿Qué hacer?—pensaron.

En situaciones críticas, recursos extraordinarios. Convenciéronle de que era indispensable que los seis montaran en el vehículo á toda costa. Tenían dinero, y estaban resueltos á sacrificarlo. El hombre hablaría con el mayoral... Habría que apelar á una extratagema.

Entre los chasquidos del látigo, el sonar de los cascabeles y los arres de mayoral y zagales, llegó, por fin, una de aquellas célebres aceleradas, que representaron un prodigio de locomoción al arrebatarse el cetro á la galera. Estaba, en efecto, de bote en bote, sin un solo hueco en interior, ni en berlina, ni en cupé.

El mayoral fué vivamente requerido á conferencia secreta...

Los pasajeros bajaron á estirar las piernas, á refrescar el gáznate, á comentar los sucesos políticos cada vez de interés más palpitante... De pronto, el auriga subió á su puesto, empuñó las riendas, nuestros artilleros tomaron por asalto los asientos vacíos, y el coche partió con la velocidad del rayo, dejando en tierra á los incautos, que

no acertaban á salir de su asombro, corriendo y gritando desesperadamente.

La historia del lance podría titularse, á la antigua: «Todo lo vence el vil metal, ó séase, de como no basta poseer el billete para garantizar el término del viaje».

Dentro de la diligencia, los intrusos tuvieron que razonar con amenazas.

Los que no habían abandonado sus asientos, defendían el derecho de los ausentes.

Rodriguez arriba y Aysa abajo mostráronles, con decisiva influencia, el cañón de sus pistolas. Despues oyeron tranquilos la explicación del hecho y hasta aplaudieron el éxito de la empresa.



A las dos horas se presentó á su vista récio golpe de tropas, que se acercaban en dirección contraria.

Era la división que, al mando del general Dulce, había de caer sobre Zaragoza para dominar el pronunciamiento.

En el acto se presentaron á S. E. Leales y puritanos, habían protestado enérgicamente del hecho subversivo... Venían echados...

El representante del gobierno les acogió
—¡oh sorpresa!—con estóica frialdad.
—¿Qué quieren ustedes?—les dijo.



—Unirnos á las fuerzas de V. E., volver
á Zaragoza y contribuir, al frente de nues-
tros soldados, á la pacificación de la ciudad.
—Yo no puedo admitir en mi división á

oficiales que no pertenecen á ella. Sigán ustedes su viaje á Madrid.

Al amanecer del día siguiente, ponían pié á tierra en el portal de la Peninsular.

Desde allí fueron á la Dirección de Artillería.



El general Serrano, director del Arma, había velado aquella noche en espectación de los acontecimientos.

Los recibió en cuanto se anunciaron y oyó el relato de sus aventuras, interrumpiéndolo con lisongeros plácemes y ardientes felicitaciones.

—Son ustedes, les dijo, bizarros campeones del deber.

Él mismo les llevó á ver al general O'Donnell, también despierto y vigilante.

Por resultado de todo, alentados con la aprobación fervorosa de su conducta y hasta con la halagüeña perspectiva de merecido premio, marcharon á mudarse, á bañarse, á reparar el decaimiento físico, á ver rápidamente á parientes y amigos, y á mero-dear uniforme con el cual emprender el regreso.

Una silla de postas les esperaba tres

horas más tarde y les conduciría hasta el punto en que estuviera la división Dulce.

Para éste llevaban un oficio que no dejaba lugar á evasivas.

«Tan pronto como se presenten á V. E. —decía el ministro— los dignos oficiales de Artillería don, don, etc., honra de su Cuerpo y del Ejército, les dará V. E. cabida en esa fuerza, facilitándoles caballos, monturas y toda clase de elementos para que ocupen el puesto que elijan y cumplan la misión que se les confía, poniéndose á la cabeza de sus soldados al llegar á Zaragoza. —De Real orden, etc.»

Con levitas prestadas, con gorras de cuartel y pantalones de tropa, como pudieron fantasear un vestuario más ó menos auténtico, dieron la vuelta por la carretera de Aragón, ya relativamente cómodos, si no del todo descansados.

Poco antes de llegar á la Casablanca, en los alrededores de la capital aragonesa, hicieron, al día siguiente, su incorporación al regimiento montado, que, á las órdenes del coronel Rejero, formaba parte de la columna.

El general Dulce no opuso dificultad, aunque persistió en su desdeñosa indiferencia.

Algunas horas después acamparon en Torrero.

Cuando entraron en Zaragoza todo había terminado. Se había dado tiempo suficiente para que Falcón y los demás jefes del movimiento se escaparan. La guarnición formaba desde Santa Engracia hasta el puente sobre el Ebro.

Entre las tropas procedentes de Madrid se sabía ya lo sucedido á nuestros héroes y la causa de su detención en la Capitanía general. En la casa de Rodríguez les había escuchado otro de los huéspedes, jefe de distinta Arma, que los denunció.

Él fué cabalmente el primero con quien tropezaron de puertas adentro, al dirigirse á tomar el mando de las baterías. Rodríguez le increpó sin piedad al frente del regimiento en que aquel desdichado servía. Ni volvieron á verle, ni hoy, al cabo de tantos años, tienen noticia de su paradero los que han sobrevivido. Quizá ha muerto. Descanse en paz.



Los bravos artilleros de la montada y de la de montaña saludaron con vivas y aclamaciones á sus jefes. Durante su ausencia,

en medio de la general indisciplina consiguiente á las circunstancias, habían sido modelo de conducta ejemplarísima. El capitán general les había pedido caballos para sí y para los suyos, al tratar de huir de la plaza, y aquellos soldados se negaron á facilitárselos.

—Son de nuestros oficiales— contestaron.

La semilla que éstos habían sembrado fructificó en terreno fértil.



Se formuló la propuesta de recompensas... y en ella no figuró ninguno de los siete valerosos «campeones del deber».

¿Tiene moraleja la historia?

Aplíquenla los lectores á su gusto... mientras yo estrecho cariñosamente la mano del general...

Y enciendió otro cigarro.

BAJAS DE GUERRA

BAJAS DE GUERRA

No sé quien ha dicho—y no me siento con fuerzas para investigarlo—que en las cruentas luchas de la vida, debemos dominar de tal modo las pasiones, que nos lleven, si es preciso, á la muerte, pero nunca á la humillación y á la vergüenza.

—Perdona te arguya—contesté al que me hablaba—que no es esa precisamente la doctrina ortodoxa. Según Kempis, debes procurar que, en cualquier lugar, acto ú ocupación exterior, seas libre interiormente y dueño de tí mismo; y que todas las cosas estén debajo de tí y no tú debajo de ellas para que seas señor de tus acciones, no siervo ni esclavo.

—Conozco un caso típico de sumisión imperiosa de las pasiones, aun después de haber rugido desenfrenadas—me replicó mi amigo.

Y me contó, palabra más ó menos, lo siguiente:

—Estábamos en Cuba. La guerra me había llevado á aquel hermoso país, desolado entonces por las crueldades de una lucha fratricida, cada vez más ruinoso y enconada... Era yo á la sazón teniente de infantería y consideré como halago de la suerte el verme incluido entre los oficiales de mi regimiento que habían de trasladarse á pelear por la integridad de la patria en la grande Antilla. ¿Quién tasaba el quebranto de su salud? ¿Quién avaloraba el riesgo de su vida?... La carrera militar impone, como regla el sacrificio: por eso el primer estímulo del hombre de armas tiene que ser el honor. En otras profesiones se sirve por la remuneración, se aspira al legítimo precio del trabajo, se cotizan, en la proporción correspondiente, el esfuerzo realizado y el lucro obtenido... ¿Cómo comprar y vender el servicio prestado al defender la patria á costa de la tranquilidad siempre comprometida, de la libertad, siempre trabada, de la seguridad personal, siempre en aventura?

—No en vano,—le interrumpí, apoyándole —los que tan alta misión cumplen, han disfrutado en todos los pueblos y en todas las épocas, si no de los más positivos galar-

dones, por lo menos de las mayores prerrogativas y de los timbres más brillantes. El ceñir espada era por sí solo título de nobleza. «Los reyes los deben honrar», decía Alfonso el Sábio de los caballeros...

—Y franquezas y fueros y preeminencias acumuláronse sobre ellos, me atajó á su vez mi interlocutor, con acento entristecido. Al correr de los siglos, sin embargo, una falsa idea de la democracia, aplicada á las instituciones armadas, que son y no pueden dejar de ser fundamentalmente aristocráticas, ha cambiado por completo el concepto, haciendo del oficial un funcionario del Estado, como los demás que comparten el goce del presupuesto. Mientras tanto—¡caprichos de la lógica!—la calidad del soldado se ha ennoblecido; no son ya las filas establecimientos correccionales, donde purgan culpas ó evitan ocios delinquentes ó vagos... —Pero, de todos modos, siempre alientan entre nuestros militares las más esclarecidas virtudes, compañeras de los más abnegados ardimientos. ¿Te acuerdas—me preguntó—de... Y me citó un nombre y un apellido, que sustituyo por los de Enrique Bellavista.

—¿El bravo Capitán—repliqué— que murió en la Manigua, víctima de enemiga ba-

la, en una noche en que hacía una marcha, solo y confiado únicamente en su imponderable arrojo? Tengo bien presente el relato del suceso, que privó á España de un denodado guerrero y á sus padres de un hijo, modelo de honradez y de hidalguía.

—Tú sabes lo que se refirió entonces, como versión oficial del hecho... A Enrique no lo mataron los cubanos. Por una série de circunstancias extrañas, yo fuí testigo presencial del drama, que desenlazó su muerte. Enrique pertenecía á mi batallón y fué conmigo á Cuba, loco de entusiasmo. Muchas veces me lo dijo: si no le hubiera tocado hacer la campaña, habría pedido un puesto en aquel ejército, como voluntario. Y su vigor y vehemencias no se entibiarón en aquellos tristes memorables días, en que combatíamos con todo linaje de adversarios, capaces de abatir el valor más esforzado, principalmente con la falta de plan, de organización, de vituallas, de asistencias, de fé en la victoria; cuando en Madrid se nos vituperaba y se nos calumniaba en el extranjero; cuando los Estados Unidos se apercebían en la sombra para caer sobre nosotros como redentores de una raza que no alegó jamás motivo serio en el cual pudiera fundar la acusación irritante contra

España lanzada, de haberla tiranizado y oprimido.

—Los acontecimientos se han encargado de hacer nuestra más cumplida defensa, *Le Journal de Bruxelles* lo ha consignado con lógica incontrastable. Bajo la dominación española, los insulares invocaban toda clase de pretextos para levantar el estandarte de la rebelión. Tan pronto se sublevaban para protestar contra las pretendidas exacciones de los altos funcionarios y para obtener la reparación de ciertos agravios, como tomaban las armas para librarse de un *yugo* calificado de odioso y obtener la autonomía. Cada vez que había una insurrección en la Grande Antilla no faltaban gentes en la América del Norte y en Europa que aplaudieran las agresiones de los cubanos contra España. ¿Acaso no existe aún el recuerdo de las manifestaciones que tuvieron efecto en los Estados Unidos en favor de los rebeldes cubanos, cuando la última insurrección? En cada sesión del Congreso de Washington varios hispanóforos hablaban de la tiranía del gobierno español respecto á la Habana. En el ejército norteamericano existían soldados y hasta oficiales que abandonaban las filas de los batallones de la confederación para ir á engrosar las de los insurrec-

tos. En Cuba mismo había un Cónsul general, M. Woodford, que enviaba á los Estados Unidos noticias favorables á la insurrección. En fin, en el Gabinete Mac-Kinley, figuraban ministros abiertamente hostiles á España, que, por lo mismo, simpatizaban con los insurrectos. Leyendo entonces los periódicos de Nueva York y de Washington se adquiría en ciertos círculos de Europa la convicción de que sólo los habitantes de la gran república estrellada podían poner un poco de orden en los asuntos de sus vecinos y de que una intervención armada de los Estados Unidos era necesaria en el conflicto hispano-cubano. Esta tuvo efecto y los norteamericanos libraron á la Grande Antilla del *yugo español*; pero ¿qué sucedió después? Hubo un cambio de cosas que les pareció justo y los cubanos se quejan de sus gobiernos como se quejaron de España. Los Estados Unidos los han sometido, por fin, á su dominación despótica. ¡Qué remordimiento para los que de buena fé nos impugnan! ¡Qué lección para los que acatan las enseñanzas de la historia!...

—Después de haber intervenido bizarramente—prosiguió el narrador—en numerosos encuentros con los insurrectos, fué En-

rique nuestro habilitado. Un día, cobrada la asignación del mes, no siempre satisfecha puntualmente, salió á distribuirlo entre las fuerzas destacadas... y yá no se volvió á tener noticias suyas hasta que se descubrió su cadáver en un despoblado, junto al de otro compañero, igualmente muerto en lúgubre noche, de la cual conservaré recuerdo mientras viva. El mismo revólver—revólver de reglamento, cargado con balas nuestras, no del enemigo—puso término á la existencia de aquellos dos valientes. ¿Cómo ocurrió el lance? Nadie pudo precisarlo. Nadie más que yo fué de él espectador y yo me guardé muy bien de publicar lo que ví. Entre otras razones, porque—legalmente hablando—no podía estar donde estuve. Aquel día, como tantos otros, me jugué la cabeza, no precisamente en el cumplimiento de mi deber... ¡Son tan hermosas las criollas!... Pero prescindamos de mí, á quien la fortuna, disfrazada de diosa del amor, protegió visiblemente. Una disputa ágría, sostenida por voces de eco conocido, en la soledad de un espeso, apartado bosque, y sorprendida por quien lo cruzaba como alma que lleva el diablo, ávido de salvar distancias para escapar al rigor de la Ordenanza, me detuvo en mi camino,

estorbando este propósito y estimulando bruscamente mi atención y mi interés. Me paré, encubierto por altos, frondosos arbustos, y reconociendo á mis camaradas, que, por añadidura, eran mis jefes, de cuya vigilancia me había sustraído horas antes, al abandonar mi obligada residencia, oí clara y distintamente el acalorado diálogo entre ambos empeñado tan á deshora:

—Pero ¿pretendes robarme lo que, en ley de juego, te he ganado?, interrogaba... Juan Piamonte (llamémosle así respetando también su filiación) con ásperas voces de mal reprimida cólera.

—No sé lo que pretendo, replicaba con no menor violencia Enrique Bellavista. Lo que me importa es recobrar, á todo trance y sea como sea, lo perdido, que no era mío, que no podía jugar, que debo entregar en pago de haberes mañana mismo... Y aquí sobra uno de los dos: he podido matarte por la espalda, al divisarte delante de mí, desprevenido, desamparado, sin riesgo de mi parte, porque sólo Dios hubiera presenciado mi crimen... Pero quiero que el botín sea del vencedor, riñendo cara á cara... Si me arrancas la vida, no moriré deshonorado. La deshonra será tuya, porque alguien sospechará que me robaste... Si tú eres el muer-

to, ese dinero volverá á mis manos por derecho de conquista... Nadie podrá inquirir cómo lo he recuperado; á nadie le ocurrirá presumir siquiera que lo había expuesto al azar de las cartas, yo que nunca me he encanallado, como tú, en timbas y garitos...

—¿Quién sino tú es el canalla en este instante, intentando apoderarte por la fuerza de lo que voluntariamente has colocado al alcance de mi suerte?... ¿Por qué lo jugaste?

Interrumpió mi amigo su relato, al notar en mí un gesto que le excitó á conocer mi criterio acerca de tan controvertida materia.

—El juego—insinué—es un delito; pero el juego se consiente por tradición, que ha llegado casi á borrar la ilegalidad del hecho. La ley mantiene su inclusión entre las responsabilidades criminales que castiga; pero las autoridades se encargan de enmendar la plana al legislador, tolerando lo que éste persigue. Y no es lo peor que el precepto legal se burle, con tan seguras y eficaces complicidades. Aumenta las proporciones del escándalo la forma en que esa burla se realiza. El juego tolerado constituye una fuente de ingresos ilícitos, pero cuantiosos. Hay que buscar un escudo que defienda á banqueros y puntos y se busca natural-

mente entre las personalidades que, por su influencia y por su posición, han de contar con fuerza bastante para detener el paso de jueces y polizontes en los dinteles mismos del templo levantado al culto del azar y del envite. Pero hay que estimular á la vez directamente y por medios convincentes la indiferencia ó la pasividad de los encargados de velar por el cumplimiento de las leyes, á fin que no velen... Y hé aquí cómo la red se ensancha, los resortes represivos se debilitan ó se anulan, el tráfico de deberes y prestigios crece y la sociedad se desorganiza entre el sarcasmo de los escépticos y las protestas, siempre tibias, de los creyentes...

—Lo más franco—exclamó, mi interlocutor, recogiendo vivamente mi argumento—sería acaso tolerar el juego, reglamentándolo. Pero donde hay reglamento, hay infracción posible de la regla y medios, por consiguiente, para que «el hacer la vista gorda» sea grifo de un manantial más ó menos subterráneo.

—Es verdad, le interrumpí. Y ante ejemplos de tal naturaleza, hay que volver á preguntar, con el romano: ¿Entre qué gente vivimos? ¿Dónde está el sentido moral, que vigoriza y conforta á las sociedades, y

sin el cual estas mueren y desaparecen, decrepitas, arruinadas y escarnecidas?...

—En la guerra, continuó, es casi imposible impedir que se juegue. A la recriminación de Piamonte, contestó Bellavista:

—Maldigo mi flaqueza... Pero vindico mi honra. Y te reto, te insulto, te abofeteo, si es preciso.

Y el chasquido de un bofetón en plena mejilla resonó siniestro. No percibí una palabra más. Dos disparos casi simultáneos precedieron á un grito de horrible angustia, con que uno de los contendientes se despidió del mundo, rodando exánime sobre el suelo... No sé que extraña emoción me embargó. Quedé como petrificado, sin atreverme á avanzar un paso. A la luz de la luna, que brillaba plácida, divisé á Bellavista que se arrojaba sobre el cuerpo inerte y lo registraba, como asesino que expolia á su víctima.

—¡Estoy salvado! exclamó aquel de pronto, apretando entre sus trémulos dedos un fajo de billetes, que guardó presuroso...

—Pero Enrique—atajé—fué indudablemente un malvado criminal, que desmintió de súbito, ofuscado por las consecuencias del desfalco de que aparecería responsable, toda la gallarda genealogía de sus blasones

familiares y propios... Quiso evitarse su deshonra y cayó en otra, más terrible y más ignominiosa todavía...



—No asesinó, en puridad, porque así como mató pudo ser muerto... Pero...

—Pero tomó lo que pertenecía á otro, cualquiera que fuese el origen de la transmisión de la propiedad.

—Recuerdo, no obstante, en abono de nuestro amigo, que Piamonte estaba tachado de pirata del tapete verde... Quizá aquello no era sino una justa reivindicación, un reintegro, buscado por el único medio disponible... Enrique se juzgó á sí propio con sangrienta severidad. Consumado el hecho, en su bolsillo la suma, cuya pérdida le hubiera llevado ante un Consejo de guerra primero, á presidio después, cuando podía considerarse exento de sobresaltos y amenazas, su rectitud, su hombría de bién, su caballerosidad, su pureza de espíritu, momentáneamente enturbiadas por la obcecación de un temerario desquite, prevalecieron sobre los arrebatos de la pasión que le hizo delincuente...

—¿Y se suicidó en el acto?

—Un tiro que dirigió, con firme pulso, á la sién derecha, le derribó en tierra, al lado de Piamonte... Hay que convenir en que su nombre quedó inmaculado, exteriormente al menos: ¿Cómo transparentar la trágica realidad, á través de apariencias que incluían la muerte de uno y otro en el largo catálogo de los desgraciados incidentes de la campa-

ña?... Los dos figuraron en el parte de aquel día como «bajas de guerra». Hasta la circunstancia de encontrarse en su poder la consignación que había de repartir, contribuyó á alejar toda sospecha que hubiera de perjudicar á su integridad acrisolada.

—Pero el suicidio no es una solución, ni aún con tales fines y en tan extraordinarias circunstancias... Quizá allí el único ser realmente honrado fuiste tú—observé yo á mi interlocutor—porque la suma porfiada pudo, al fin, pasar á tus manos sin ningún peligro...

—Yo me separé rápidamente de aquel funesto sitio—profirió con emoción sincera—aceptando lo que ví y escuché como enseñanza provechosa á mi desenfadada experiencia. Enrique, lanzado al olvido de un deber, los arrolló todos... y murió cuando quiso reparar sus desafueros cometiendo uno más... Su aberración le condujo á la muerte... aunque no á la vergüenza...

—A mi texto me atengo. Si soy siempre señor de mis acciones, no podrá descender á la torpe servidumbre del vicio, de la pasión ó del error, mi honrada voluntad, libérrima y soberana.

CASO DE CONCIENCIA

CASO DE CONCIENCIA

HACÍAN días que Callejón andaba distraído y cejijunto.

Él, tan asídúo, tan laborioso; él, que por rara excepción entre los de su oficina, tomaba en serio los asuntos que despachaba y á quien jamás se oyó murmurar de una nota, ni siquiera de una falta de ortografía del jefe, el cual solía «proveer» con *b* y «acordar» con *h*; él, tan circunspecto, tan cortés, tan riguroso observante de leyes y reales órdenes, tan solícito en todo y para todo, arrojaba ahora con desdén los expedientes sobre la taquilla, contestaba con monosílabos, si contestaba, y hubo un momento en que, según testimonio de su escribiente, llegó á decir con voz apenas perceptible, pero con gesto y ademanes que daban á la frase tintas y relieves de la más cruel desesperación:

—¡Si el balduque fuera cáñamo!...

¿Qué le pasaba á Callejón? Aquel radicalísimo cambio, tan rápidamente operado en su carácter, debía de obedecer á causas graves, cuyo descubrimiento persiguieron cuantos le conocían, con tenaz y cariñoso interés.

¡Ah! La cabeza de Callejón era por entonces revuelta olla de grillos. Las ideas más contrarias le agitaban, terribles presentimientos le conmovían; la duda, negra como las aves de la noche, batía las alas sobre su lechode soltero, espantando y ahuyentando el sueño...

Una tarde salió del Ministerio todavía más macilento que de costumbre y bajando á largos pasos la calle de Alcalá, abordó la subida del Retiro y penetró en sus arboledas...

La más oscura, la más solitaria, la que más le alejaba del movimiento y la vida de la capital, era la que mejor convenía al estado de su ánimo.

—Sí,—exclamó—internándose bajo las verdes copas de aromáticas acacias. Seguro estoy de que la he ofendido; la insistencia de mis sonrisas, el mal disimulado afán con que buscaba las suyas, frases sueltas de que apenas me he dado cuenta y que,

juzgadas ahora con la serena imparcialidad del hombre recto, han sido evidentemente otros tantos atentados á su honradez de mujer casada, á su pudor de dama sin mancha, acúsanme vergonzosamente de vulgar conquistador de teatro, Tenorio de callejuela, salteador villano del cercado ajeno.

—Lo recuerdo perfectamente,—siguió prorrumpiendo con exaltación que entrecortaba sus palabras:—no ha sido una vez, ni dos, ni tres; á mi vista ha aparecido como ilusión celeste, ante la cual mi alma rendía el homenaje de una admiración rayana en el culto... ¿Cómo evitar que mis ojos transparentasen mis sentimientos, que mis labios dejaran escapar el eco de mis angustias?... ¿Osé decirla que la amaba? Si no se lo he dicho, tanto peor; ese es un verbo que significa menos cuando lo conjuga la gramática, que cuando reverbera en una mirada. Y la situación falsa en que me encuentro, proviene—¡ya lo creo!—de antigua fecha.

Hay tiempo bastante para que se me haya hecho objeto de todo género de burlas, para que ella me considere como un ente despreciable.

No se prolongará, por Dios, esta crisis en que mis deberes zozobraron, arrollados por vientos de tormenta.

Y aligeró la marcha, volvió á la villa, y á las diez de la noche se presentó en casa de Enriqueta.

*
* *

Estaba sola. Lánguidamente reclinada en el ángulo de una marquesita, hojeaba grabados de un tomo encuadernado primorosamente, cuyo epigrafe decía: *Las Santas mujeres*.

Frunció su boca un leve mohín, que pudo traducirse como benévolo agasajo al recién llegado, cerró el libro y extendió la mano, que Callejón estrechó con marcada ceremonia.

—Señora,—dijo con acento trágico:—he reflexionado mucho; tristes días sin calma y eternas noches de insomnio han llevado el dolor á mi corazón y el remordimiento á mi conciencia. El encanto de unas pupilas, tras de las cuales vislumbraba un cielo; la esbeltez de unas formas que remedaban las vagarosas líneas de las hadas; el atractivo de un entendimiento abierto á todas las ideas grandes; la gallardía de un alma accesible á todas las empresas nobles... ¿Qué sé yo?... Algo sobrehumano, espiritual, radiante, que brotaba de la contemplación de tantas bellezas...

—¡Qué extremos, amigo Callejón!—interrumpió Enriqueta.

—Ha sonado la hora de las confesiones



sinceras. Sumiso penitente, vengo á enmendar errores...

—Já, já,—rió ella.

—Señora, he podido deslumbrarme cegado por el resplandor de un astro, que lo ilu-

mina todo. Mi lealtad, mi hombría de bien —¿por qué no expresarlo más gráficamente? —mi virtud me obligan á dar satisfacción á las legítimas exigencias que las circunstancias me imponen. Sé que aparentemente me ha podido usted suponer cortesano de sus gracias y quiero descargarme del peso que me abrumba: mi culpa no es tan grave como acaso ha pensado... mi respeto al tálamo... mi fidelidad al amigo... mi... No lo crea usted; yo no estoy enamorado de su cara, ni de su talle, ni de... ¿Me perdona usted, Enriqueta?...

—¡Grosero!, —le atajó ella.

Y poniéndose de pie, le señaló la puerta por donde, confuso y atropellado, salió Callejón, mientras la dama, reclinándose de nuevo, posaba el dedo de marfil en el abandonado volúmen, que, en letras doradas, fulguraba el consabido título: *Las Santas mujeres*.



¡Cuántas, que imaginan serlo, sacrifican las austeridades de su dignidad, al halago de los homenajes tributados á su hermosura!...

LO ABSOLUTO

LO ABSOLUTO

DESENGÁÑESE usted, marquesa, dijo el vizconde con el acento de la convicción más firme:—las medias tintas, los expedientes, las transacciones del miedo con la dificultad, nada resuelven, ni á nada sólido conducen. Hay que abordar los peligros de frente y con ánimo bastante para vencerlos ó ser por ellos vencido.

—Le contemplo á usted á dos dedos de emular las hazañas de nuestro caballero andante, repuso la marquesa, suavizando lo que la frase pudiera tener de burlona, á expensas de la más deliciosa sonrisa que frunció labios de granate.

—Don Quijote no vivió jamás en la realidad, contestó el vizconde, aceptando la alusión en toda su punzante transcendencia. Mi sistema tiene sobre el suyo la indis-

cutible ventaja de que es perfectamente *práctico*.

Y sin dar tiempo para replicar á su interlocutora:

—¿Se acuerda usted de Enrique?, le preguntó.

—¿El hijo del célebre ministro?...

—El mismo. Va usted á juzgar de mis teorías en cabeza de Enrique.

—Veamos.

Y la marquesa, fresca, esbelta, interesante, irguióse sobre el talle y se mostró dispuesta á prestar insinuante atención al anunciado relato.

—Enrique habitaba una de las casas de su propiedad, sita al final de la calle de la Luna. La dulce compañera de su vida, como diría un novelista por entregas, había-le dado dos hijos, á la sazón de uno y dos años de edad, y preparábase á aumentar hasta tres las rosas de aquel espléndido ramillete de familia.

De pronto,

«roto el respeto, la obediencia rota»,

desencádenanse los huracanes revolucionarios; las gentes huyen á los últimos rincones del hogar, amedrentadas ante el tiroteo y el griterío de turbas armadas que amena-

zan derrocarlo todo: la majestad del trono, el principio de Gobierno, los fueros del orden, el respeto á lo ajeno...

—Hay muchos hombres de Estado, arguyó la marquesa, á quienes puede aplicarse la célebre frase de Lamartine: marchan sobre ruinas aun calientes y no creen en la existencia de los volcanes.

—Exactísimo. Así los gobernantes de 1854. El Senado los desautorizaba sin piedad. La opinión les era hostil con unanimidad abrumadora. La palabra *inmoralidad* brotaba de todos los labios. Era Jefe del Gabinete un hombre de talento privilegiado que, en pocos años, había conseguido elevarse á la suprema jerarquía del mando desde modestísima posición social; el humo de la lisonja le desvaneció; se olvidó de que la vanidad debe dejarse, según Balzac, á los que no pueden brillar por otros títulos, y á la vez que en su obsequio derrochaban hipérboles sus paniaguados, uno de los cuales llegó á augurar, á los postres de opíparo banquete, que á los pies del magnate, morderían el polvo, arrollados y vendidos, los generales que más le combatían, alzabase Hore en Zaragoza, ocultábase O'Donnell en Madrid y por doquiera descubríanse señales de inminente borrasca... El Par-

lamento interrumpía ó reanudaba las sesiones con tan vertiginosa inconstancia, que escribía por entonces don Salustiano Olózaga:—En otro tiempo, para explicar la rapidez de un hecho decíase que se había verificado en un abrir y cerrar de ojos; de hoy en adelante podrá decirse en un «abrir y cerrar de Cortes».

—Está usted fuerte en la historia de aquellos sucesos.

—Y ¿cómo no, si el padre de usted, adorable marquesa, jugó también en su desenvolvimiento y terminación papel principalísimo? Cuanto á usted ó á los suyos se refiere, me interesa á mí.

—Recuerdo haber oído hablar á mi madre, más de una vez, de las violencias que se cometieron y de los horrores que se consumaron. Ella, no sé por qué cúmulo de circunstancias, presencié aterrorizada, y nunca pudo olvidarlo, el fusilamiento, decretado por el pueblo, del inspector de policía don Francisco Chico.

—Fué uno de tantos extravíos á que se abandonan las turbas, dueñas de sus actos. Chico era abominado por Madrid entero... ¡Qué nueve días los que duró aquella orgía populachera, en que fué asaltado el palacio de la reina Cristina, quemados sus muebles,

insultado su nombre y poco menos que pedida su cabeza!...

—¿Sabe usted la única exclamación que lanzó la viuda de Fernando VII, al enterarse del allanamiento de su morada por la plebe?... «¡Pobre canario mío!», dijo, aludiendo á su pájaro favorito, y no volvió á acordarse de su casa de la calle de las Rejas.

—Blaser, ministro de la Guerra, no era el hombre llamado á dominar con las armas los acontecimientos que sobrevinieran á raíz del alzamiento de Vicálvaro. Blaser, buen soldado...

—Voy á revelar á usted por qué entró á regir los destinos del Ejército en el Gabinete del Conde de San Luis. Necesitábase á toda costa un ministro de la Guerra que se decidiese á alejar de la corte á un general de notorio prestigio, joven aún y ya encumbrado á uno de los más importantes cargos de la administración central... Blaser contrajo ese compromiso y lo cumplió apenas tomó posesión del Ministerio. El tenaz pretendiente de una hija de la camarera mayor de Palacio fué destinado á Filipinas. Y vea usted cómo causas de todo punto extrañas á la política, influyen, sin embargo, en ésta con carácter decisivo...

—Sobre todo cuando la política se ejerce

á merced de las camarillas, que, según el manifiesto del Manzanares, «perturban el país y deshonoran el trono».

—¡Habría tanto que hablar de esas careadas deshonras!, objetó la marquesa con desdeñosa expresión indefinible.

Prosiguiendo su accidentada narración, dijo el vizconde:

—Funcionaban á la par las juntas de la calle de Jacometrezo y de la calle de Toledo, esta última dirigida por el torero Pucheta, de infausta popularidad en los barrios bajos. Pensaba como Desmoulins que el derecho de tener un fusil y una bayoneta pertenece á todo el mundo; y un portero, venal ó patriota, del Ministerio de la Gobernación, abrió á él y á los suyos las puertas de los armeros, de los cuales salieron convertidos en imponentes *defensores* del sosiego público. Entonces dijo Isabel II algo parecido á lo que balbuceó, temblando, Luis XVI, al llegar á la municipalidad de París desde Versalles, de donde le sacó el motín de mujeres, entre picas con cabezas ensangrentadas: — Vuelvo *confiado* al seno de mi pueblo...

Enrique me ha contado, con emoción todavía no calmada á través de más de cuarenta años, el hondo quebranto que sufriera al com-

prender la necesidad de salir inevitablemente de Madrid, si había de escurrir el bulto á las persecuciones, cada vez más enconadas, de que los hombres de sus antecedentes (por virtud de la filiación política de su padre) eran objeto, en medio del desconcierto general imperante... La Reina humillada; los gritos de rebeldía repercutiendo en todos los ámbitos de la nación; el penacho blanco del chascás de Espartero pronto ya á servir de guía á los redentores de la libertad, que, si no lograban tener en el puchero, por tales medios, la gallina que para todos sus súbditos ambicionaba Enrique IV, á lo menos dábanse un hartazgo de autonomía y derechos individuales... cuyas consecuencias habían de querer refrenar más tarde los mismos que de tales excesos se aprovecharon...

—Lo de siempre. Werther juró que mujer que amase y sobre la cual tuviese algún derecho, no valsaría jamás con otro que con él. Y es de advertir, añadió la marquesa, imprimiendo á su voz un tono marcadamente irónico, que hizo este juramento después de haber valsado con Carlota.

—Enrique salió resuelto de su casa de la calle de la Luna, acompañado de su mujer y de dos sirvientes que conducían en

brazos á sus dos tiernos hijos. El todo por el todo, pensó nuestro amigo. Afrontemos cara á cara las contingencias de esta situación, antes que esperar pasivamente que vengan la traición y la cobardía á sorprendernos con la muerte. Las barricadas obstruían de continuo el paso de los fugitivos. Miseramente ataviados, no inspiraban recelo y con facilidad pasaban de una á otra. Su peregrinación parece recordar la huida á Egipto, que láminas piadosas conmemoran... Los retratos del héroe de Luchana, de Dulce y del Conde de Lucena salíanles al encuentro por doquiera... Narváez, que aplaudía el movimiento desde lejos, no quiso compartir sus peligros porque sabía que no había de monopolizar sus ventajas.—A medida que nuestros viandantes avanzaban en su camino, era más difícil, era materialmente imposible retroceder al punto de partida; si un obstáculo insuperable les detuviese, ¿qué sería de ellos, entre barricada y barricada, cortado el acceso de frente y por la espalda, cerradas herméticamente las casas del tránsito y expuestos á que algún fervoroso partidario de la libertad... de atentar á la del prójimo, reconociera al prócer bajo el disfraz del artesano?

—Hay que convenir en que Enrique de-

mostró entonces más valor personal que muchos aguerridos campeones.

—Y para estos actos de valor no existen cruces de San Fernando. ¡Cuántas se ganan oscura, pero heroicamente, fuera de los campos de batalla!...

—Para lo cual ni siquiera es necesario pertenecer al sexo, que de tales recompensas se declara exclusivamente merecedor. Sin contar las consabidas Juana de Arco, Agustina de Aragón, etc., etc., ¿no vale y representa cien mil veces más que el arrojo de un guerrero la abnegación ilimitada de una madre, la aureola sin mancha de la mujer fuerte?

—No hablemos de las virtudes femeninas... cuestión de temperamento, á creer á madame Stael.

Y como la marquesa hiciese un gesto de despego, al oír la vulgaridad del vizconde, continuó éste visiblemente exaltado:

—¿No cree usted que las condiciones de la naturaleza influyen en las determinaciones de la voluntad?... Prescindamos de la bella mitad del humano linaje; la doctrina es siempre la misma. ¿Por ventura, los españoles no tenemos cualidades propias, nacionalmente nuestras, que nos distinguen de otros pueblos, no porque seamos mejo-

res ó peores de intención y de entendimiento, sino porque corren en nuestra sangre moléculas que recuerdan nuestro doble abolengo de moros y judíos?... Positivismo puro, es verdad, adorable marquesa; pero positivismo al cual no puede sustraerse la filosofía de nuestro modo de ser. Descendientes de tal progenie, la soberbia y la envidia son notas características de una raza que presume de altiva porque es indómita y hace gala de noble emulación cuando se siente mortificada por el bien ajeno.—Otro que no fuera español, judío ó moro, resignárase, por último, con su suerte al ver por usted preferido al barón... No yo, marquesa imponderable, que le envidio en hebreo y le detesto en árabe... Pasiones de raza.

Soltó la gentil confidente del vizconde alegre, ruidosa carcacajada y sin tomar en cuenta el paréntesis por aquél abierto en el diálogo.

—¿Qué fué, al fin, de Enrique? preguntó, con deseo de seguir la narración ó de eludir el escabroso discreteo que la interrumpiera.

—Enrique llegó á la última barricada de la calle de Toledo. Pocos pasos más allá, una vez salvada la puerta que da entrada al Madrid clásico, cesaba todo riesgo y la

valiente empresa quedaría coronada por el más completo éxito.

Pero, al divisar el puerto, los más graves escollos ofreciéronse á la vista de aquellos rendidos y ya casi estenuados náufragos. Un fornido mozo, de atravesado mirar y aspecto fosco, guardaba la salida, trabuco al brazo... Verlo y comprender que tenía la consigna de impedir toda tentativa para franquear la Puerta fué obra de un instante... Enrique cruzó una mirada de suprema angustia con sus *cómplices*, que le seguían como á remolque... ¿Serían estériles tantas fatigas, tantas alarmas, tanto recurso de habilidad é ingenio, hasta la fortuna misma conque habían logrado llegar al término apetecido de la jornada?... Entrar en componendas con el delegado del pueblo soberano hubiera equivalido á entregarse á las investigaciones, suspicacias y acaso violencias de los amotinados... Volver á la calle de la Luna no era tampoco hacedero... ¿Qué partido tomar?...

—No sé dónde he leído, intercaló la marquesa, que en el arte de la guerra está recomendado, como ventajoso, echarse de improviso sobre el enemigo, sorprenderle y hacerle sentir el rayo antes que haya visto el relámpago.

—Es usted una estratega temible. Enrique pensó lo mismo y puso á prueba el consejo del rival de Turena. He aquí por dónde se comprobó mi teoría acerca de los procedimientos directos y las resoluciones enérgicas. Si Enrique hubiera vacilado en aquel crítico instante, ¿quién sabe las consecuencias á que se habría visto expuesto? Nuestro amigo avanzó decidido, llevando tras sí la errante caravana, y con voz de mando y ademán imperioso dijo al centinela:—Abre.

Miróle un punto, entre sorprendido y dominado, el flamante revolucionario... y descorriendo los cerrojos dejó el paso libre á los *sospechosos*, que ya no volvieron á Madrid hasta después del bombardeo del Congreso en 1856.

—Convengo en que *lo absoluto* fuè la providencia de Enrique en aquel trance.

—Y ahora, marquesa adorabilísima, permita usted que á mi vez me ampare de tan eficaz enseñanza y dirija á usted una pregunta escueta, absoluta, á quemarropa.

—Diga usted.

—¿Me ama usted ó no me ama?...

—Pero, vizconde de mis pecados, contestó la marquesa dulcemente, levantándose de su asiento, ¿me juzga usted de igual

suerte y es usted capaz de tratarme del propio modo que al patriota de la calle de Toledo?



.....
Desde entonces no cesa de ponderar el vizconde la influencia incontrastable de *lo relativo*.

LA NOCHE-BUENA DEL CARABINERO

LA NOCHE-BUENA DEL CARABINERO

ERA Sánchez un hombre de una pieza, según expresión de cuantos le conocían. Bien que la madera no fuese sándalo, ni aún limoncillo... Pino, pero pino de Cuenca, de donde procedía, sano de corazón, recio y terso, sin nudos por dentro ni por fuera...

Mozo de veintiocho años cumplidos, alto, robusto, colorado, de ojos que vaciaban su alma, noble y grande, llevaba cerca de dos lustros en el servicio militar, y de ellos uno en «el Real Cuerpo de Carabineros del Reino», como el mismo Sánchez se complacía en repetir con cierto énfasis.

Soldado bizarro, había probado más de una vez que el ruido de las balas era de los menos molestos para él... Los contrabandistas le odiaban cordialmente. Y cuando al-

guien aludía á esta animosidad de que era objeto, contestaba en términos invariables:

—Pero ¿acaso los ladrones deben cariño y simpatía á la Guardia civil? El mejor Ministro de Hacienda es ¡canario! el que más provoca las iras de los negociantes.

El buen Sánchez había leído el argumento—y quizá repetía la frase palabra por palabra—en algún librejo de los pocos que cayeran en sus manos durante las interminables horas de vigilancia en aquella alegre costa de Levante, donde prestaba á las Rentas públicas el concurso de su celo y su lealtad.

¿De su inteligencia?... ¡Pobre Sánchez! Jamás había logrado completar en su memoria el texto íntegro de un solo artículo de las Ordenanzas. ¡Y cuidado que las había repetido hasta la saciedad!... «El recluta que llegare á una compañía, se le destinará á una escuadra, de cuyo Cabo será enseñado... será enseñado...» Y no pasó de ahí.

Por eso, querido, hasta respetado por sus compañeros, no había podido ascender á Cabo... ni lo deseaba. El deber de la obediencia le era más cómodo que la responsabilidad del mando. Familiarizado con la inevitable dependencia á que parecía conde-

nado, no comprendía las faltas de subordinación. Para juzgarlas, era intransigente. No había llegado á aprender las leyes penales, pero las sentía.

—Insulto á superior en empleo ó mando...

—¡Pena de muerte!—decía Sánchez, sin vacilaciones ni distingos.



Y una mañana de Abril, poco después de salir el sol, apenas restaurada la limpieza de su persona con mayor esmero que de ordinario, tras del servicio de la noche, prestado con más inquietud é impaciencia que de costumbre, Sánchez desde la caseta del puesto, erguido sobre un ribazo, á espaldas de la carretera y dando frente al mar, tomó el atajo del pueblo, llegó á la iglesia...—Y se casó.

Allí le esperaba la moza más garrida, más fresca, más hermosa de diez leguas á la redonda. Él y ella pronunciaron el *sí* coa todo el corazón, sin reservas mentales, satisfechos y enamorados el uno del otro, completamente felices.

Desde aquel día Rosa alumbró con sus ojos y regocijó con sus risas el solitario puesto del carabinero.

—¡Es muy guapa!—exclamaron á coro desde el Cabo hasta el más bisoño guardador de aquellas playas.



—Quizá demasiado guapa—pensó algunos meses más tarde el honrado Sánchez.—No hay rosas sin espinas, y la suya tenía-las también... y le punzaban.

Ninguna mujer tan solícita, tan cariñosa, tan trabajadora, tan contenta con su suerte.

Y sin embargo...

Sánchez no encontraba el menor motivo para dejar de bendecir—creyente y agradecido—el momento en que trasplantó á su huerto aquel espléndido capullo, cada vez más rico en aromas y en encantos... Ella se miraba en sus miradas, adivinaba sus gestos, realizaba verdaderos milagros para rodear de atractivos su hogar y su mesa... la misera mesa de un jornalero que cobra siete reales mal contados... Ni su levita lució nunca como entonces, ni su camisa estuvo jamás mejor planchada...

Pero Sánchez luchaba con una duda, con un vago recelo, con un presentimiento acaso, que en ocasiones le afligía hasta hacerle verter lágrimas allá en las soledades de

sus guardias, cuando el cielo y el mar eran los únicos testigos de sus decaimientos...

*
* *

¡Pobre Rosa!... Casta y buena, con el sentimiento del deber incrustado en el alma y con el amor que á su marido profesaba como escudo contra todo género de asechanzas, ella también vivía inquieta y condolidá. No eran meras sospechas las que turbaban su sosiego: hartó sabía á qué atenerse por desgracia suya, en punto á los peligros, reales y positivos, que asediaban su belleza, poniendo sitio á su honor...

¿Prevendía á Sánchez?... Más de una vez lo había pensado y siempre acabó por rechazar la idea. No merecía ser la infamia de un malvado la eterna pesadilla de un hombre de bién.

Ella se bastaba y se sobraba para guardar su honra, costara lo que costara.

*
* *

Llegó el 24 de Diciembre. La noche del 23 había desempeñado el marido de Rosa una misión por extremo delicada y difícil. Era preciso sorprender un alijo, y el Cabo

dispuso que fuera Sanchez quien conquistase el honor de la meritoria empresa.

La Nochebuena la pasaría en la caseta, al amor de la lumbre, asando castañas, saboreando turrónes... Ella había hecho sus provisiones con la anticipación conveniente.

Pero pasó el Cabo lista... y al repartir los servicios—¡cruel casualidad!—tocóle á Sánchez salir también aquella noche á defender los intereses del fisco. ¡Y en qué sitio!... Desde lo más empinado de las rocas que coronan una de las pintorescas perspectivas del Mediterráneo.

Ni una queja, ni una réplica, ni un gesto de disgusto: Sánchez cogió la carabina, lió la manta, empuñó el cayado, que utilizaba como lazarillo cuando tenía que *subir á las alturas*—todas deslumbran y ciegan—oyó cantar á Rosa á corto trecho... y ni siquiera se despidió de ella, como solía, con un buen beso y un «Adios, prenda», que eran generosamente devueltos á tocateja.

En Nochebuena el carabinero no cenó. ¿Y Rosa?...

Algo muy grave, muy trascendental, quizá muy trágico, debió de ocurrirle aquella noche, que no fué buena para ninguno de los dos.

A la mañana siguiente, el oficial Jefe de

la línea recibió un parte en el que se le avisaba de que al amanecer había sido hallado en la playa de... el cadáver de un carabiniere, cuya personalidad no estaba todavía identificada.

Al dirigirse al «sitio de la ocurrencia», y aún lejos de él, pasó por un puesto del cual se destacó una mujer, jóven y bella, quien, con acento conmovido y turbación profunda, exclamó arrojando una bayoneta ensangrentada:

—Está ahí dentro... y creo que ha espirado ya.

Allí estaba, en efecto, agonizante, bañado en su propia sangre, el Cabo á cuyas órdenes servía Sánchez.

—Mi teniente,—dijo el herido, haciendo un supremo esfuerzo.—¡Soy un miserable! Y quedó muerto.

Rosa estaba ya viuda en aquel instante. El cadáver de la playa era el de Sánchez.

—¡No confiaba en mí!...—sollozó la infeliz al estrujarle entre sus brazos.

—¡Era muy bruto!—murmuró, por epitafio, su compañero de pareja.

—¿Por qué callé yo?—agregó ella.

Y le cubrió de besos.



Las dos sumarias *de Nochebuena*, como llamaban los carabineros á las que se instruyeron con motivo de tan tristes sucesos tuvieron el propio desenlace: fueron sobreseídas «por falta de prueba».

El sobreseimiento es comúnmente la confesión que hace la justicia de su impotencia ó de su torpeza.

En «los casos de autos» fué un acto de rectitud... y de discreción.

FIN DE «NARRACIONES HISTÓRICAS»

INDICE

	<u>Páginas</u>
Don Rodrigo en la horca	5
Los cuatro mosqueteros. (Recuerdes de una paella)	27
Campeones del deber	57
Bajas de guerra	79
Caso de conciencia	95
Lo absoluto	103
La Noche-buena del carabinero . .	119



ALGUNAS OPINIONES

REFERENTES Á LA BIBLIOTECA "PATRIA," (1)

Para que el publico pueda hacerse cargo de su alcance, extractamos aquí algunas opiniones referentes á la Biblioteca «Patria».

En la época que alcanzamos los llamaré (á los propósitos de la Biblioteca) necesarios y benéficos para combatir las insanas lecturas que han de desmoralizar al pueblo; los llamaré un complemento utilísimo de los Juegos florales en que se depura el gusto literario, merced al fallo de mantenedores apasionados de lo bueno y de lo bello.

Juan Fastenrath.

El pensamiento de la fundación me parece altamente saludable y patriótico y por eso creo que estamos en el deber de ayudarle, en la medida de las fuerzas de cada uno, cuantos en España sentimos verdadero amor al pueblo y deploramos amargamente la falsa dirección que hoy se da á su desapercibida inteligencia con las *lecturas baratas* que se usan, lecturas en que todo se corrompe y pervierte á la vez: la fe, la moral, las costumbres y la lengua patria.

José Maria de Pereda.

Aplaudivo de todo corazón los sanos fines en que se inspiran los fundadores de la utilísima Biblioteca «Patria».

Marcelino Menéndez Pelayo.

Juzgo esa Biblioteca muy beneficiosa para la cultura nacional.

Francisco Silvela.

(1) Extractadas de cartas dirigidas al fundador de la Biblioteca.

Me inspira viva simpatía el noble propósito que ustedes tienen de moralizar nuestra novela.

Armando Palacio Valdés.

Abundo en las ideas que sustenta la Biblioteca «Patria», estoy enteramente conforme con sus elevadas miras y hago votos por el éxito que merece la patriótica obra á que se dedica.

El Duque de Rivas.

Me parece admirable el proyecto de Vds. y aplaudo con ambas manos sus novelas.

Manuel Polo y Peyrolón.

SRES. PATRONOS

**Sres. Patronos de la BIBLIOTECA PATRIA DE
OBRAS PREMIADAS, que han ofrecido su-
mas anuales para la creación, soste-
nimiento y concursos de la misma.**

PATRONATO PRINCIPAL

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, 500 pesetas.
Excmo. Sr. Conde de Bernar, 500 id.
Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca, 500 id.
Excmo. Sr. Conde de Canilleros, 500 id.
Íltmo. Sr. Barón de Vilagayá, 500 id.

SEÑORES PATRONOS

(Orden alfabético de nombres.)

D. Alfonso de la Muela, 25 pesetas.
Excmo. Sr. D. Antonio Barroso y Castillo, 25 id.
D. Antonio Caamaño Martínez, 30 id.
Excmo. Sr. D. Antonio de Castro y Casaleiz, 300 id.
D. Antonio Echevarria y Aponte, 50 id.
D. Antonio Giménez Rico, 100 id.
D. Antonio Lopez Dóriga y L. Dóriga, 200 id.
D. Antonio Pozzi Rodríguez, 25 id.
D. Antonio Salgado López, 25 id.
D. Antonio Sicre, 25 id.
D. Antonio Tato, 25 id.
D.^a Aurea Hinojal, 25 id.
D. Baltasar López de Ayala, 60 id.
Excmo. Sr. Barón de Satrústegui, 100 id.
D. Bonifacio Iñiguez, 25 id.
D. Cándido Gaytán de Ayala, 25 id.
D. Carlos de Thena, 100 id.
D.^a Carmen de la Vega de Tuñón, 25 id.
Casino de la Amistad de Barbastro, 25 id.
D. Celestino Méndez Villamil, 50 id.
D. Cláudio González Alvarez, 50 id.
Excmo. Sr. Conde de Mejorada, 75 id.
Excmo. Sr. Conde de Via Manuel, 25 id.
Excmo. Sra. Condesa Viuda del Val, 100 id.
D. Cristóbal Romero Sánchez, 75 id.
Ílmo. Sr. D. Daniel Aresti, 250 id.
D.^a Demetria G. Sampedro, 25 id.
D. Eduardo Fernández Vicuña, 25 id.
Excmo. Sr. D. Eduardo Sanz y Escartín, 25 id.
D. Eloy Lamamié de Clairac, 25 id.
D. Enrique Grana, 25 id.
D. Eusebio Iranzo, 25 id.
D. Felipe Gutiez Villoldo, 25 id.

- D. Fernando M.^a de Ibarra, 50 id.
D. Francisco Conder Moratilla, 50 id.
D. Francisco Fernández Tresguerres, 25 id.
D. Fernando de Huidobro, 25 id.
D. Francisco Javier B. Iturregui, 100 id.
D. Francisco Medina Pérez, 25 id.
D. Francisco Montero de Espinosa de la Barrera, 25 id.
D. Francisco Valdivia y Gómez Bravo, 25 id.
D. Gabino F. Felgueroso, 25 id.
D. Gabriel del Corral y Fernández, 25 id.
D. Gabriel Mulet y Sanz, 25 id.
D. Guillermo Ferragut, 25 id.
D. Herminio Sáez, 25 id.
D. Ignacio Hevia Viciella, 50 id.
D. Ignacio Ostua, 25 id.
D. Ignacio Zubasti, 25 id.
D. Jaime Pérez Peña, 25 id.
D. Jenaro Santafé Herrero, 25 id.
D. Joaquín Lizasoain, 100 id.
D. Joaquín Orús, 25 id.
Excmo. Sr. D. Joaquín R. Guerra, 50 id.
D. José A. Buhnes, 75 id.
D. José de Amézola, 100 id.
D. José Antonio Durán y Grueso, 25 id.
D. José Ayala y López, 25 id.
D. José Calvo Barrios, 50 id.
D. José Carreira é Hijos, 25 id.
D. José Climent, 25 id.
Ilmo. Sr. D. José Díez de Rivera y Muro, 50 id.
D. José García Trujillo, 40 id.
D. José Gómez Tejedor, 35 id.
D. José Lora Pulgarín, 25 id.
D. José Martínez Carande, 75 id.
D. José de Pareja y de Pareja, 100 id.
D. José Ramón Mosquera y Osorio, 25 id.
D. José Ricart y Roca, 60 id.
D. José de Scals y Rovira, 25 id.
D. José Soler, 25 id.
D. Juan A. Hernández del Aguila, 25 id.
D. Juan Alvarez del Vallo, 25 id.
D. Juan Barcia Caballero, 25 id.
D. Juan Cabrera Martín, 100 id.
D. Juan Díaz Quesada, 25 id.
D. Juan Vivas Pérez, 50 id.
D. Lorenzo Pérez y Pérez, 50 id.
D. Lucas Marsella, 50 id.
D. Luciano Alcón y de Vicente, 25 id.
D. Luis Azcárraga, 25 id.
D. Luis Palahí é Hidalgo de Quintana, 100 id.
D. Luis de Villaverde, 50 id.
D. Manuel Alvarez Suárez, 40 id.
D. Manuel de Lainz Ruiz, 25 id.
Srtas. María y Manuela del Piélagos, 250 id.
D.^a Mariana Jaraquemada, Vda. de Zambrano, 100 id.
Excmo. Sr. D. Marcelo Azcárraga, 50 id.
Excmo. Sr. Marqués de Montefuerte, 25 id.
Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, 150 id.
D.^a Milagros de Colosía, 25 id.

D. Nemesio Carrasco y Carvajal, 50 id.
D.^a Nicolasa Espárrago, 25 id.
Htmo. Sr. Obispo de Solsona, 25 id.
D. Pedro Alava y Velasco, 50 id.
D. Pedro Moro Arquero, 25 id.
D. Pedro Roglá, 40 id.
D. Plácido Allende Plágero, 50 id.
D. Plácido L. Acevedo, 50 id.
D. Rafael Reig Soler, 35 id.
D. Rafael Rodríguez de Cepeda, 50 id.
D. Rafael Rodríguez Torres, 25 id.
D. Ramiro Arroyo, 25 id.
D. Ramón Posada Villapol, 25 id.
D. Remigio Vidaurreta, 25 id.
D. Roberto Gómez Igual, 50 id.
D. Salvador Díez, 25 id.
D. Saturnino Calderón, 50 id.
D. Servando Martínez del Cerro, 25 id.
Sobrino de G. Sordo, 50 id.
D.^a Socorro Sánchez, Viuda de García, 50 id.
D. Tomás A. Boada, 25 id.
D. Tomás Gómez Acebo, 25 id.
D. Tomás José de Epalza, 25 id.
D.^a Vicenta Martínez, Viuda de Fernández, 25 id.
D. Vicente Pedregal, 25 id.
D. Vicente de Urigüen, 100 id.
D. Víctor Navarro y de Vicente, 50 id.
Excm. Sra. Vizcondesa de Barrantes, 100 id.
Sra. Viuda de Dupuy de Lome, 25 id.
Sra. Viuda de Zabalburu, 50 id.

Sres. Donantes por cantidades menores de 25 ptas.

- | | |
|---------------------------|--------------------------------------|
| D. A. Alcázar Caballero. | D. A. Socias Torrens. |
| D. A. Alonso. | D. A. Sucre. |
| D. A. Alonso García. | D. A. Tomás y Almar. |
| D. A. Alvarez. | D. A. Trujillo Portales. |
| D. A. Argüelles. | D. A. Varela y Varela. |
| D. A. Calvo Gil. | D. A. Verdes León. |
| D. A. Cánovas Joli. | D. A. Vigo Cosialls. |
| D. A. Casabayó. | D. A. Villena García. |
| D. A. Cobos Bruzos. | D. Agustín Zufia. |
| D. A. Dalmau. | D. Alberto Fernández. |
| D. A. Deigado López. | D. Alfonso Tarragona. |
| D. A. F. Lavandera. | D. Alfredo Loewy. |
| D. A. G. Corral y Picó. | D. Amós Castro Pérez. |
| D. A. G. González. | D. ^a Ana María Carra. |
| D. A. García Gutiérrez. | D. Anastasio Arauz. |
| D. A. Gascón. | D. Andrés Fernández. |
| D. A. Gómez Galiano. | D. Andrés G. Palomares. |
| D. A. Gómez Visedo. | D. Andrés Galar. |
| D. A. Hidalgo Pinto. | D. Andrés Latorre. |
| D. A. Checa. | D. Angel Balbuena. |
| D. A. de Lacalle y Rojas. | R. P. Angel Moreda. |
| D. A. de Larrea. | D. Angel Vega Santar. |
| D. A. León y Sanz. | D. ^a Angela Blanco, Viuda |
| D. A. Linia Macia. | de Ceta. |
| D. A. Lorenzo. | D. Antero Estibalez. |
| D. A. Llor Rosell. | D. ^a Antonia C. de Fiol. |
| D. A. Mari Clavo. | Sor Antonia de Jesús Ma- |
| D. A. María Poveda. | ria. |
| D. A. Martínez Gutiérrez. | D. Antonio de Argueso. |
| D. A. de Mazarrasa. | D. Antonio de Cuadras Fe- |
| D. A. Miguel Martínez. | liu. |
| D. A. Menéndez Alonso. | D. Antonio Cubillo. |
| D. A. Narvaez Naranjo. | D. Antonio F. Mejias. |
| D. A. Ortega Subirá. | D. Antonio F. Valencia. |
| D. A. Pelaez Quintanilla. | R. P. Fray Antonio Fuen- |
| D. A. R. Rosado. | tes. |
| D. A. Ramirez. | D. Antonio Gabas. |
| D. A. del Río y Segundo. | D. Antonio Gallego. |
| D. A. Rivadulla. | D. Antonio Gil Santana. |
| D. A. Robles Vega. | D. Antonio Lizarraga. |
| D. A. Roman Santiago. | D. Antonio López. |
| D. A. Ruiz Escribano. | D. Antonio M. ^a Basco. |
| D. A. Sáenz España. | D. Antonio de la Monja. |
| D. A. Salazar y Avila. | D. Antonio Rivas. |
| D. A. Sancho Escrig. | M. I. Sr. D. Antonio Sintés. |
| D. A. Sancho Martínez. | D. Atanasio Díaz. |

D. B. Fernandez Domin-
guez.
D. B. Ferrer Palau.
D. B. Florit Ripoll.
D. B. García Salas.
D. B. Gutiérrez Otero.
D. B. del Hoyo y González.
D. B. L. González.
D. B. Mocoroa.
D. B. Nava Rodríguez.
D. B. Quintans Somoza.
D. B. Sánchez Martínez.
Sr. Barón de Quadras.
Sres. Bartual y Martínez.
Fray Benigno Sánchez.
D.^a Bernarda Jalón.
D. Bernardino Arberas.
R. P. Blas Deschaux.
D. Bruno J. C. Reguero.
D. C. Alvarez Guijarro.
D. C. Canto Gosalbez.
D. C. Carbajal.
D. C. Escudero González.
D. C. Ferrer y Creus.
D. C. Gallego Jiménez.
D. C. García de Amador.
D. C. de Gorbea.
D.^a C. Luz Rivas.
D. C. Molins.
D. C. Rubiales Aguilar.
D. C. Santos Otero.
D. C. Sanz Larrumbe.
D. C. Viguri.
D. Cándido Porto.
D.^a Carlota M. de Lara,
Viuda de Muriedas.
D.^a Catalina F. Martel.
Excmo. Sr. D. Cenón del
Alisal.
D. César Amarillo.
D.^a Cipriana Vivas, Viuda
de Montenegro.
D. Cipriano Rodríguez.
R. P. Dr. del Colegio de
Santa María.
R. P. Rector del Colegio de
Sto. Tomás de Avila.
Sr. Conde de Arcentales.
Sr. Conde de Fontao.
Excmo. Sr. Conde Vila-
llonga.
Excmo. Sr. Conde de Villa-
franqueza.
Sr. Conde de Villafuertes.
Excmo. Sr. Conde de To-
rreanáz.
Sra. Condesa de Buena-
vista.

Excmo. Sra. Condesa Vi-
da de Mendoza Cortina.
D. Constantino Herrero.
D. Cosme Obrador.
D. Cosme P. Porras.
D. Crescencio Morate.
D. Custodio Gil Ruiz.
D. D. Alvarez.
D. D. Arribas.
D. D. Brandariz Lado.
D. D. Cáceres.
D. D. Hernández Francisco
D.^a D. Sabater.
D.^a D. de Seoane, Viuda de
Brull.
D. D. Vaca González.
D. Diego de Guevara.
D. Diego Pazos Solano.
Director de las Escuelas de
la Asociación de Católi-
cos.
D.^a Dolores Hernández.
D. E. de Aizpurua.
D. E. Beladiez Jiménez.
D. E. Castañeira Miranda.
D. E. Espinosa Guirado.
D. E. Galán Fernández.
D. E. García Díaz.
D. E. González Carrillo.
D. E. González Ubieta.
D.^a E. Gual de Figueres.
D. E. Gutiérrez Romillo.
D. E. Ortega Moreno.
D. E. Raduan.
D. E. Raynaud.
D. E. Royo Campos.
D. E. Ruiz.
D. E. Toribio Andrés.
D. E. Tosino Sánchez.
D. E. Villarroja y Marco.
D.^a Elisa Malvares de Cor-
dero Paz.
Excmo. Sr. D. Emilio Cá-
novas del Castillo.
D. Emilio F. Argüeso.
D. Enrique Elías.
D. Enrique Vial.
D.^a Enriqueta Ortiz, Viuda
de Muñoz.
D. Ernesto Morales.
D.^a Escolástica Miranda,
Viuda de Oliag.
D. Estanislao de Cuadra.
D. Eudaldo Forns.
D. Eugenio Carbonell.
D. Eustaquio Sierra.
D. Evaristo Escalada.
D. Evaristo Vilan Gómez

- D. Ezequiel Ferreras.
 D. F. Aguilar Martel.
 D. F. Albors y Raduán.
 D. F. Almenáros Carmona.
 D. F. Arús Juvé.
 D. F. Benjumea y Gil de Gibaja.
 D. F. Berazadi.
 D. F. Blanes López.
 D. F. Bootello Castro.
 D. F. de Bustillo.
 D. F. Calvo Fuertes.
 D. F. Camacho Cano.
 D. F. Díaz Alcover.
 D. F. D. Saez y González.
 D. F. García Galindo.
 D. F. García Pérez.
 D. F. Gil de los Reyes.
 D. F. Gutiérrez Zorrilla.
 D. F. J. Masó Serra.
 D. F. Javier de Artarcos.
 D. F. López y Eliegui.
 D. F. López Valdés.
 D. F. López Pomares.
 D. F. Maldonado Carrión.
 D. F. Miguel Cabrera.
 D. F. Nougues Subirá.
 D. F. Nuño.
 D. F. Prats Pérez.
 D. F. Pereda Martínez.
 D. F. Rico Morena.
 D. F. Rovira Torres.
 D. F. de Santa Pau y Nougues.
 D. F. Soler de Figuerola.
 D. F. de la Torre.
 D. F. de Veciana y Cayla.
 D. F. Ventura Lozano.
 D. F. Villalba.
 D. F. Villarica Hevia.
 D. F. Villén Luque.
 D. Fabriciano de Torronte-
 guí.
 D. Faustino Goñi.
 D. Federico Bobadilla.
 D. Federico de la Pedrosa.
 D. Felipe Bronchalo Lago.
 D. Fernán Goicoechea.
 D. Fernando Gutiérrez.
 D. Fernando Vilallonga.
 D. Florencio Gallego.
 D. Florencio Manzano.
 D. Florentino Adrian.
 D. Francisco de Andrade.
 D. Francisco de la Cova.
 D. Francisco Figueras.
 D. Francisco Maria Villa-
 nueva.
 D. Francisco Mendiluce.
 D. Francisco Palazuelos.
 D. Francisco Rico.
 D. Francisco Rodríguez.
 D. G. de Artabe.
 D. G. Blasco de Gregorio.
 D. G. de la Escosura.
 D. G. G. Hernández.
 D. G. López Cepero.
 D. G. López Rull.
 D. G. Martínez Mendoza.
 D. G. de Olaso.
 D. G. Page.
 D. G. Palacios.
 D. G. Quijano de la Colina.
 D. G. de Reina Navarro.
 D. G. de Torres Almunia.
 D. Gabriel Reyero García.
 Fr. Gerardo Larrondo.
 Excmo. Sr. D. Genaro Pe-
 rogordo.
 D. Gonzalo Castrillo.
 D. Gonzalo Losada.
 D. Gregorio Fernández.
 R. P. Gregorio Rivate.
 D. Gregorio Sanchez.
 D. Guillermo Moreno.
 D. Gumersindo F. Aluja.
 D. Herminio Magdaleno.
 Sras. Hijas de Uriarte.
 D. Hilario Gomez.
 D.^a I. Barrero Amador.
 D. I. Barrón.
 D. I. Canseco Gutiérrez.
 D. I. Degiuli y Arroyo.
 D. I. de Dios González.
 D. I. Fernández Valverde.
 D. I. Oliva Huertas.
 Sres. Ibarrondo y Larrazabal.
 D.^a Ignacia Costa.
 D. Ignacio Quicios.
 D. Isidro Gastón.
 D. Isidro M.^a Aizpuru.
 D. Ismael Santander.
 D. J. A. de la Bárcena.
 D. J. A. Nutt.
 D. J. Abad Corrales.
 D. J. Adame Tenorio.
 D. J. Aguirre Iturralde.
 D. J. Alaminos.
 D. J. Alfonso y Díez de Ulzurrun.
 D. J. Alonso Serrano.
 D. J. de Aizuru y Sorolla.
 D. J. Balbin y Duyoa.
 D. J. Baragaña.
 D. J. Berenguer y Sala.

D. J. Blanco del Río.
D. J. Blasco Crespo.
D. J. Camilo Villarroel.
D. J. Cañas y Mañe.
D. J. Cardona y Tur.
D. J. Casas García.
D. J. Castañer Ricart.
D. J. Conde Martín.
D. J. Comes Cerqueda.
D. J. Delgado.
D. J. Diaz Braña.
D. J. Delgado Benitez.
D. J. Domingo Larrea.
D. J. Domínguez.
D. J. Escrig de Oloriz.
D. J. Fernández Redondas.
D. J. Fernández Tejedor.
D. J. Ferrándiz Terol.
D. J. Figueruela Fuensalida.
D. J. Galán Marín.
D. J. Galocha Alonso.
D. J. García.
D. J. García Gilabert.
D. J. García de Tuñón.
D. J. García Peral.
D. J. Gil de Pareja.
D. J. González Alvarez.
D. J. González Blanco.
D. J. Guerrero Nieto.
D. J. Gutiérrez de Gandarilla.
D. José Hernández Franciscó.
D. J. Irastorza.
D. J. J. Amann.
D. J. J. Baquier Balade.
D. J. J. Brague Vizoso.
D. J. José Belenguer.
D. J. José Machín.
D. J. José Martínez Ruiz.
D. J. Juliá Arnau.
D. J. Larrucea Lambarri.
D. J. López Egea.
D. J. López Fernández.
D. J. Louzao.
D. J. Luis Miranda y Herráiz.
D. J. Llasat y Serré.
D. J. M. Bentín Lema.
D. J. M. Sánchez Alvarez.
D. J. Maria Benjumea y Pareja.
D. J. María García.
D. J. M.^a Iglesias Odena.
D. J. M.^a Laguna Vellido.
D. J. M.^a López Rodríguez.
D. J. M.^a Manfredini.

D. J. M.^a Martín Clavería.
D. J. María Pérez Hernaez.
D. J. M.^a de las Rivas Velasco.
D. J. María Tarrió Roy.
D. J. Martín Arribas.
D. J. Martín Moreno.
D. J. Martínez Draga.
D. J. Martínez Lozano.
D. J. Martínez Sirvent.
D. J. Mendoza Pascual.
D. J. Monturiol.
D. J. Monzon Bernard.
D. J. Mora Palma.
D. J. Moreno Peñalver.
D. J. Mussó Moreno.
D. J. de Nadal.
D. J. Nagel y Fernández de Laguna.
D. J. Novo Paz.
D. J. Otero Iturralde.
D. J. Ozores de Prado.
D. J. Patón Carrión.
D. J. Perez Diaz.
D. J. Planas Cuyas.
D. J. Primo de Rivera.
D. J. Ramirez Rodríguez.
D. J. Rodríguez Andrade.
D. J. Roiz de la Parra.
D. J. Romero Piña.
D. J. Sánchez Massía.
D. J. Santa Pau.
D. J. Soler Quilis.
D. J. Tarife Tejera.
D. J. Teler.
D. J. Telloza Aner.
D. J. de la Torre.
D. J. Vacas Serrano.
D. J. Vecino Quesada.
D. J. de Vera y Gómez.
D. J. Villar Suarez.
D. J. Vizcaino Moya.
D. J. de Zaldivar.
D. Jaime Adell Querol.
D. Jaime Verástegui.
D. Javier Alvarez.
D. Javier de la Revilla.
D. Jenaro Blanco.
D. Jesús Calvo.
D. Jesús Tallón García.
D. Joaquín B. Espert.
D. Joaquín L. de Zubiria.
D.^a Joaquina Riesgo.
D. José A. Castañón.
D. José Aceves y Acevedo.
D. José Arumi.
D. José C. Peradalta.
D. José Casado.

- D. José Casanova.
 D. José Consul.
 D. José F. Figares.
 D. José Fernández Tres-
 guerres.
 D. José G. Cortina.
 D. José L. Sobrado.
 D. José M. de Sotomayor.
 D. José M.^a Ibañez.
 D. José M.^a de Isasi.
 D. José M.^a Ozores.
 D. José M.^a Paez.
 D. José M.^a de Rábago.
 D. José M.^a Salazar.
 D. José M.^a Selo.
 Ilmo. Sr. D. José María Ur-
 quijo.
 D. José Miralles Tena.
 D. José Miranda.
 D. José Perdomo Vega.
 D. José Romero López.
 D. José Sancho.
 D. José Somoza Pallarés.
 D. José Vicente Eliceche.
 D. Juan A. Hernández.
 D. Juan del Dujo.
 D. Juan Echaniz.
 D. Juan Jara.
 D. Juan Labin.
 D. Juan de Orrumas.
 D. Juan Ruiz Gómez.
 D. Juan Simón Zudaire y
 Echávarri.
 D. Juan Velez Pareja.
 D. Juan Viña.
 D. Julián Villuendas.
 Juventud Carlista de Al-
 gemesi.
 D. L. Aniceto Alvarez.
 D. L. Bahía Urrutia.
 D. L. Caldentey Perelló.
 D. L. Díaz Rodríguez.
 Ilmo. Sr. D. José Díez de
 la Cortina.
 D. L. Durán Cabello.
 D. L. Fernández Argüelles.
 D. L. Ferreiro.
 D. L. Freire Freire.
 D. L. García.
 D. L. García de la Peña.
 D. L. García Ruiz.
 D. L. Liras González.
 D. L. Lozoya Alonso.
 D. L. Quesada.
 D.^a L. Rodríguez.
 D. L. Romance Valor.
 D. L. Romero.
 D. L. Serrano Fernández.
 D. L. Zamorano Rodríguez.
 D. Leandro F. Osuna.
 D. Leandro Soto.
 D. Lorenzo de Castro.
 D. Lorenzo L. Cruz.
 D. Lucas García Andía.
 D. Lucas Hidalgo.
 D. Luciano García.
 D. Lucio Rodríguez Vigil.
 D. Luis Ballesteros.
 D. Luis I. y Pérez Seoane.
 D. Luis Morales.
 D. Luis de Noreña y de la
 Vega Inclán.
 D. Luis Ramos.
 D. Luis S. Valera.
 D.^a Luisa Alvarez.
 D.^a Luisa Sala Asensio.
 D. M. Bonmati de Cendra.
 D. M. Bustamante Hoyos.
 D. M. Cabanelas Pedrosa.
 D. M. Carretero.
 D. M. Cilveti.
 D. M. Cortés Moreno.
 D. M. Escalera Díaz.
 D. M. García Blanco.
 D. M. García San José.
 D. M. Garrido Osorio.
 D. M. Gómez Díaz.
 D. M. Gómez Saucedo.
 D. M. de Huidobro.
 D.^a M. Izquierdo Ruiz.
 D. M. J. O. Doherty.
 D. M. López Barredo.
 D. M. López Trelles.
 D. M. Márquez.
 D. M. Martínez Rojo.
 D. M. Mazón Fernández.
 D. M. Medina Olmos.
 D. M. Montes Méndez.
 D. M. Morales Hornera.
 D. M. Nieto de la Fuente.
 D. M. Pardo Reguera.
 D. M. Peña Teresa.
 D. M. Pérez Abema.
 D. M. Pérez Martí.
 D. M. de la Peña Igea.
 D. M. Prieto Muñoz.
 D. M. Reglado Nieto.
 D. M. Rey Montero.
 D. M. Rodríguez Guerrero.
 D. M. Rubiera.
 D. M. Ruiz Muñoz.
 D. M. Sánchez y Sánchez
 D. M. Sbert y Canal.
 D. M. Torrente Florez.
 D. M. de Ugalde.
 D. M. de Uribarri.

D. M. Velázquez.
D. M. Velázquez Diosdado.
D. M. de la Vega.
D. M. Vilaplana Orts.
D. M. Viñuela.
D. Macario Vacas.
D. Manuel Deó y Atés.
D. Manuel Domecq.
D. Manuel de Ganol.
D. Mannel García.
D. Manuel Gargantiel.
D. Manuel Pinilla.
D. Manuel Reboiro.
D. Manuel Roselló.
D. Manuel S. Manzano.
D.^a Manuela García, Viuda de Collina.
D.^a María de la Concepción Morell.
D.^a María Corbi, Viuda de Puchol.
Doña María Jesús Alonso, Viuda de Rocha.
Doña María M. Delgado.
D.^a María Manso de Zúñiga de Lafuente.
D. Mariano Bejarano.
D. Mariano Gállego.
Excmo. Sr. Marqués de Colomina.
Excmo. Sr. Marqués de Estella.
Excmo. Sr. Marqués de Santillana.
Excmo. Sr. Marqués de Urquijo.
Excmo. Sr. Marqués de Valero de Palma.
D. Martín Díez.
D. Martín Redín.
D. Mateo de los Ríos.
D. Matías Blanco.
D. Matías del Campo.
D.^a Mercedes Sintés.
D.^a Micaela Repullés.
D. Miguel Autona.
D. Miguel Borrero Picón.
D. Miguel Salaverría.
Sres. Morales y Alahija.
D. N. Cabrerizo y Romero.
D. N. Jiménez Castro.
D. N. Riberas Peña.
D. Narciso de la Cuesta.
D. Nemesio Valera Madrid.
D. Nicomedes Mendiáldua.
D. O. Balanzá y Capuz.
D.^a Obdulia Bonifaz.
Ilmo. Sr. Obispo de Cuenca.

D. P. Alonso Reinoso.
D. P. Antonio Pavón.
D. P. Arnáez Alonso.
D. P. Ballester Rullan.
D. P. de la Calleja González.
D. P. Castejón.
D.^a P. Devesa.
D. P. Falces Belloso.
D. P. Fernández Moreda.
D. P. Garrido.
D. P. Gonzalez Diaz.
D. P. Jaime Matheu.
D. P. de la Mora.
D. P. del Olmo Bronchalo.
D. P. Pallarés García.
D. P. Pérez Ramos.
D. P. Poveda Castroverde.
D. P. Pradas Izquierdo.
D. P. Santos Roño.
D.^a P. Solís y Rivas.
D. Pablo Bonet.
D. Pablo Fábrega.
D. Pablo del Valle.
D. Pedro Bárcena.
D. Pedro Bueno Casillas.
D. Pedro Loyo.
D. Pedro Morales.
D. Pedro O. Muñoz de T.
D. Pedro Pajares.
D. Pedro de Uzquiano.
D. R. Boix.
D. R. Guardiola Medina.
D. R. Ostio Salguero.
D. R. Pandó Real.
D. R. S. de Lassaleta.
D. R. Saenz de Cenzano.
D. R. Sala Ferrandiz.
D. R. Serrano García.
D. R. Suarez Valdés.
D. R. Torres Mariño.
D. R. Varela Pérez.
D. R. Vuelta y Horrillo.
D. Rafael Albarrán.
D. Rafael Albistur.
D. Rafael Terol.
D. Raimundo Zurita.
D. Ramón Gil.
D. Ramón Llach.
D. Ramón M.^a Iglesias y Lamela.
D. Ramón Platas Freire.
M. I. Sr. Rector del Seminario de Ciudadela.
M. I. Sr. Rector del Seminario de Jaca.
D. Restituto G. Tuñón.
D. Ricardo de Aguirre.
D. Ricardo Gondra.

- | | |
|--|--------------------------------|
| D. Ricardo Herrera. | R. P. T. Rodríguez. |
| D. ^a Rita Taboada Herrero. | D. T. de S. y Torres-Linero. |
| D. Román Monsalva. | D. ^a Teresa Casas. |
| D. Román Ulloa. | D. Tiburcio Vega. |
| D. Roque Aguirre. | D. Tomás Domínguez. |
| D. Rufino Juanena. | D. Tomás de la Fuente Reinoso. |
| D. S. Acebal. | D. Tomás Sanchiz. |
| D. S. Campos Pons. | D. Trinidad Delgado Cisneros. |
| D. S. Delgado y Ruiz. | D. Ulpiano Errea. |
| D. S. F. de Zañartu. | D. V. A. Ortega y Arnaiz. |
| D. ^a S. Flores Barreda. | D. V. Bárcena. |
| D. S. Hergueta. | D. V. Escudero Pastor. |
| D. S. Hernández. | D. V. L. Martín. |
| D. S. Larrea. | D. V. Murillo Llorente. |
| D. S. Martínez. | D. V. Pérez Díaz. |
| D. S. Peña Giménez. | D. V. Ponce. |
| D. S. Solo de Zaldivar. | D. V. Ruiz del Castillo. |
| D. S. de Toro y Sanchez. | D. V. Sancho Lleó. |
| D. Salvador Mifsut. | D. Valentín Iglesias. |
| D. Salvador Rocaful y Castro. | D. Valeriano Benito Rodríguez. |
| D. Santiago Martínez. | D. Vicente García Page. |
| D. Santiago Vila. | D. Vicente Martínez. |
| D. Santos Ortigosa. | D. Vicente Taseon. |
| D. Saturnino R. Alvarez. | D. Vicente Tezanos. |
| Sres. Siles y Ortega. | D. Victoriano Rosety. |
| D. Simón Mesonero. | Sra. Viuda de A. Cruz. |
| D. T. A. de Goxencia. | Sra. Viuda é hijos de J. Mas. |
| D. T. de Barrio Losada. | Sr. Vizconde de la Vega. |
| D. ^a T. Carvajal, viuda de Morales. | D. W. Cotelo del Olmo. |
| D. T. López Pulido. | D. Z. Puyal. |
| D. T. Martín. | |
| D. T. Peña Fernández. | |

Los amantes de la buena literatura que deseen patrocinar esta obra de regeneración moral y literaria, pueden enviar sus donativos á la Administración de la BIBLIOTECA.

Señores que forman el Patronato Regional de Cataluña y han ofrecido sumas anuales para el sostenimiento y concursos de la Biblioteca PATRIA.

PATRONATO PRINCIPAL DE LA REGIÓN

- Excmo. Sr. D. Eusebio Güell y Bacigalupi, 500 pesetas.
Excmo. Sr. D. Luis Ferrer-Vidal, 500 id.
Ilmo. Sr. Barón de Vilagayá, 500 id.
Excmo. Sr. D. Alejandro María Pons, 500 id.
Excmo. Sr. D. Pedro G. Maristany, 500 id.

SEÑORES PATRONOS

(Orden alfabético de nombres.)

- D. Francisco de P. Benessat, 100 pesetas.
Excmo. D. Francisco Sert, 100 id.
D. Ignacio Girona, 25 id.
D. Jaime Gorina Pujol, 50 id.
D. Joaquín Borràs y de March, 100 id.
D. José Cardona, 25 id.
D. José Milá y Pi, 25 id.
Excmo. Sr. D. José Monegal y Nogués, 150 id.
D. José Ricart y Roca, 60 id.
D. José Valls é Ibern, 50 id.
D. Juan Tusquets y Pallós, 50 id.
D. Justo A. Huguet Fochs, 25 id.
D. Luis Alesan Nogués, 25 id.
D. Manuel Farguell, 25 id.
Excmo. Sr. D. Manuel Girona, 200 id.
D. Manuel Viader, 25 id.
Ilmo. Sr. Obispo de Vich, 50 id.
D. Pablo Bonet, 25 id.
D. Pedro Rivas Oleart, 50 id.
D. Ramón Masifern, 25 id.
D. Ramón Rubió, 25 id.
D. Roberto Ponsa y Coma, 25 id.
Excmo. Sr. D. Santiago López y Díaz de Quijano, 125 id.
D. Vicente Albert, 25 id.
D. Trinidad de Fontcuberta, 100 id.

BIBLIOTECA "PATRIA,,
DE
OBRAS PREMIADAS

Han obtenido premios en Concurso las siguientes:

1.^a «LA GOLONDRINA», novela de D. Enrique Menéndez Pelayo.

2.^a «LA TONTA», novela de D. Ramón de Solano y Polanco.

3.^a «EPISTOLARIO», boceto de novela de D. Federico Santander Ruiz-Giménez.

4.^a «ALMAS DE ACERO», novela de D. José Rogerio Sánchez.

5.^a «LA HIJA DEL USURERO», novela de D. Estanislao Maestre.

6.^a «LA CADENA», novela de D. Manuel Amor Meilán.

7.^a «ENGRACIA», tradición hispano-romana, de D. Rafael Pamplona Escudero, (premio único otorgado al tema segundo del Concurso.)

8.^a «SELECTOS», colección de Cuentos de los Sres. D. E. Menéndez Pelayo, D. Lo-

renzo Lafuente, D. Ramón de Solano, don Teodoro Baró y D. S. Trullol y Plana.

Están de venta en todas las librerías al precio de **una poseta** cada tomo.

NOTA.—Se está publicando una serie de obras, fuera de concurso, de varios autores, teniendo ya á la venta:

El Buen Sentido. Novela, de D. Alfonso Pérez Nieva.

Gariños. Novela, de Angel Guerra.

Cuentos y trazos. de D. E. Menéndez Pelayo.

En la Costa. Novela, de D. Teodoro Baró.

César Luján. Narración, de D. Felipe Mathé.

Cantarín cautivo. Novela, de D. José Zahonero.

Un alma de Dios. Novela, del Sr. Marqués de Villasinda.

En busca de la vida. Novela, de D. José Rogério Sánchez.

Almas rústicas. Novela, de D. E. Maestre.

El vagón de Téspis. Novela, de D. Mauricio López Roberts.

Resurrección. Novela, de D. José M.^a Rivas Groot.

La tramontana. Novela, de don Teodoro Baró.

Alma Mater. Novela, de D. Federico Santander Ruiz-Giménez.

La tierra prometida. Novela, de D. Rafael Pamplona Escudero.

La dulce obscuridad. Novela, de D. Alfonso Pérez Nieva.

La Obisquilla. Novela, de D. Luis Martínez Kleiser.

El señor Benito. Novela, de D. Evaristo Rodríguez de Bedia.

Noche de ánimas. Novelas cortas, de D. Mauricio López Roberts.

Don Rodrigo en la horca. Narraciones históricas, de D. Javier Ugarte.



Patronato especial de la prensa

HACEN PROPAGANDA DE LA BIBLIOTECA «PATRIA», COOPERANDO Á LA BUENA OBRA DE MORALIZAR Y ESPAÑOLIZAR LA NOVELA, LOS PERIÓDICOS SIGUIENTES: (1)

ESPAÑA

- Diario de Barcelona, decano de la prensa española; Propietario, Excmo. Sr. D. José A. Brusi; Dr., D. S. Oliver.
Diario Ferrolano, (Ferrol); Dr., D. Rafael Barcon Orta.
Diario de Gerona, Dr., D. Rafael Masó y Pagés.
Diario de Huesca, Dr., D. Mariano Martínez Jarabo.
Diario de la Marina, (Madrid); Dr., D. José Rodríguez Trujillo.
Diario de Mataró y su comarca, Dr., D. Salvador Llanos y Rabase.
Diario Montañés.
Diario de Navarra (Pamplona); Dr. D. Eustaquio Echauri.
Diario de Palma, (Baleares); Dr., D. Felipe Guasch y Vicens.
Diario de la Rioja, (Logroño); Dr., D. Francisco Loma Osorio.
Diario de la Tarde, (Málaga); Dr., D. Joaquín Puga Martínez.
Diario de Avisos de Zaragoza.
El Ancora, (Pontevedra); Dr., D. José Gómez Martínez-Zenitram).
El Automovilismo Ilustrado, (Barcelona); Dr., D. Pablo de Barnola.
El Avisador Numantino, (Soria); Dr., D. Vicente Tejero.
El Bien Público, (Mahón, Baleares); Dr., D. Jerónimo Massanet y Beltrán.
El Buen Consejo, (El Escorial-Madrid); Dr., R. P. Raimundo González.
El Contribuyente, (Cádiz); Dr., D. Bernardo F. de Arjona.
El Correo de Andalucía, (Sevilla); Dr., D. Rafael Sánchez Arráiz.
El Correo de Cantabria, (Santander); Dr., D. Antonio del Campo Echevarría.
El Correo Gallego (Ferrol).
El Correo de Guipúzcoa, (San Sebastián); Dr., Excelentísimo Sr. Conde de Doña Marina.
El Criterio Católico, (Cádiz); Dr., D. Miguel Alvarez Chape.

(1) Se insertan por orden alfabético.

- El Cronista de Málaga.
El Defensor de Albacete; Dr., D. Eliseo Ruiz.
El Defensor, (Antequera); Dr., D. Andrés Godoy F. de Castañeda.
El Defensor de Córdoba; Dr., D. Daniel Aguilera.
El Defensor de Granada; Dr., D. Luis Seco de Lucena.
El Defensor, (Segovia); Dr., D. Eulogio M. Higuera.
El Demócrata, (Alicante); Admor., D. Abelardo L. Teruel.
El Diario, (Albacete); Dr., D. Tomás Serna Gonzalez.
El Diario de Avila.
El Diario Español, (Madrid); Dr. D. Luis Gallego Nacar.
El Diario, (Orihuela); Dr., D. Manuel Franco Rebagliato.
El Eco de Cartagena (Cartagena); Admor., D. Andrés Palacios.
El Eco de Navarra.
El Eco de Orense.
El Eco de Santiago, (Santiago-Coruña); Dr., D. Celestino Sánchez Rivero.
El Faro del Hogar, (Sevilla); Dra., D.^a Josefa Gutiérrez de Fernández.
El Globo, (Madrid); Dr., D. Martín Lorenzo Coria.
El Lábaro, (Salamanca); Dr., D. Martín D. Berrueta.
El Liberal, (Alicante); Dr., D. Francisco Guardiola y Ortiz.
El Magisterio de Galicia, (La Coruña); Dr., D. Carlos Arias.
El Magisterio Gallego, (Santiago de Compostela); Director, D. Celestino Buján Suarez.
El Noticiero Biltaino; Dr., D. Luis Echevarría.
El Porvenir, (Avilés-Asturias); Dr., D. Isidro Pruneda.
El Porvenir de Cádiz, (Cádiz); Dr., D. Antonio de la Calle y Lobo.
El Pueblo, (Bilbao); Dr., D. Aureliano López Becerra.
El Previsor, Revista de seguros, (Madrid); Dr., D. José Ignacio de Urbina.
El Propagador de la devoción á San José, (Barcelona); Dr., D. José María de Dalmases B.
El Regional (Almería); Dr., D. J. Ambrosio Pérez.
El Semanario Católico de Reus; Dr., D. José Ciurana. Matjó.
El Tradicionalista, (Gerona); Dr., D. J. Font y Fargas.
El Universo, (Madrid); Dr., D. Rufino Blanco.
España y América; Dr., R. P. Benigno Díaz González.
España y México, (Madrid); Dr., D. Manuel Escalante Gómez.
Flores y Abejas, (Guadalajara); Redactor-Jefe, D. Luis Cordarias.
Heraldo de Alcey; Dr., D. Julio Puig Pérez.
Heraldo de Gerona; Dr., D. Juan Antonio Espuñes.
Heraldo de Huelva, (Huelva); Dr., D. Manuel Font Vidal.
Heraldo Sevillano, (Sevilla); Admor., D. Luis Santigosa.
Heraldo de Zamora, (Zamora); Dr., D. Enrique Calamita Matilla.
La Atalaya, (Santander); Dr., D. Alejandro Nieto.
La Crónica, (Guadalajara); Dr., D. Santos Bozal Moreno.
La Cruz, (Alicante).
La Cruz de Castellón, (Castellón), Dr., D. Juan Bautista Martínez, Pbro.

- La Defensa, (Huelva); Dr., D. Juan J. Alonso Jiménez.
La Educación, (Madrid); Dr., Excmo. Sr. D. Eduardo Vincenti.
La Enseñanza Primaria, (Castellón); Dr., D. José Marco Cheza.
La Epoca, (Madrid); Dr., Excmo. Sr. Marqués de Valde-Iglesias.
La Gaceta del Norte, (Bilbao).
La Industria y el Pueblo, (Elche, Alicante); Dr., D. José Marín Martí.
La Ilustración Española y Americana y la Moda Elegante, (Madrid); Dr., D. Alejandro Moreno y Gil de Borja.
La Lealtad Riojana.
La Libertad, (Málaga); Dr., D. Mariano Alcántara Ruiz.
La Nueva Región, (Gijón); Dr., D. Pedro Pitiot Alvarez.
La Publicidad, (Granada); Dr., D. Fernando Gómez de la Cruz.
La Publicidad, (Madrid); Dr., D. Filiberto Abelardo Díez.
La Provincia Gaditana, (Cádiz); Dr., D. José Larrahondo.
La Región, (Guadalajara); Dr., D. José M.^a Solano.
La Revista, (Alicante); Dr., D. Alfredo Guillén Pedemonti.
La Sagrada Familia, (Barcelona); Dr., D. Bernardo Montoliu, Pbro.
La Tarde, (Palma de Mallorca); Dr., D. Joaquín Domenech.
La Tierra, (Cartagena); Dr., D. J. García Vaso.
La Última Hora, (Palma de Mallorca); Dr., D. José Tous.
La Unión Democrática, (Alicante); Dr., D. Rafael Sevilla Linares.
La Verdad, (Murcia).
La Voz de España, (Madrid); Dr., D. Manuel de Vega Lanseros.
La Voz de la Provincia, (Huesca); Dr., D. Vicente Cardenera Callejas.
Las Noticias, (Cartagena); Dr., D. José Martínez Requena.
Madrid Científico, (Madrid); Dr. D. Augusto Krahe.
Mercantil Extremeño, (Badajoz); Dr., D. Antonio Sierra.
Noticiero Extremeño, (Badajoz); Dr., D. José López Prudencio.
Noticiero Granadino, (Granada); Dr., D. Juan Pedro Mesa de León.
Noticiero Universal, (Madrid); Dr., D. José Domínguez C. Andrés.
Nuevo Diario de Badajoz.
Razón y Fe; Dr., R. P. Pablo Villada, S. J.
Revista Católica de las Cuestiones Sociales, (Madrid); Director, D. José Ignacio de Urbina.
Revista Portuense, (Puerto de Santa María); Dr., D. Luis Pérez Gutiérrez.
Unión Mercantil, (Málaga).
Unión Protectora Mercantil, (Palma de Mallorca); Director, D. Joaquín González Pagés.

AMÉRICA

- Boletín del Consejo de Educación, (Córdoba-Rep. Argentina); Dr., D. Gervasio Barzola.
- Corrientes Industrial, (Corrientes-Argentina); Dr., D. Alfonso Acosta Lara.
- El Avisador Mercantil, (Buenos-Aires-Argentina); Director, D. Francisco Pernecco Parodi.
- El Bien Público, (General Paz-Argentina); Administrador D. José M. Mallandi.
- El Censor, (Buenos Aires-Argentina); Dr., D. Julio P. Iglesias.
- El Comercio, (Bahía-Blanca-Argentina); Dr., D. Eduardo B. Bambill.
- El Comercio Español en el Plata, (Buenos-Aires); Director, D. Lorenzo de Arriaga.
- El Debate, (Gualiguay-Argentina); Dr., D. Jacinto J. Alvarez.
- El Despertar Hispano, (Buenos Aires-Argentina); Director D. José Carballas Rey.
- El Estimulo, (Buenos Aires-Argentina); Dra., Doña María L. Guerrico.
- El Fénix, (Juárez-Argentina); Dr., D. Urbano Garcia.
- El Herald, (Lincol-Argentina); Dr., D. Tirso Lorenzo.
- El Imparcial, (Jujuy-Argentina); Dr., D. A. R. Otero.
- El Liberal, (Esquina-Argentina); Dr., D. Marcelino Davila.
- El Noticiero, (S. Nicolás-Argentina); Dres. D. Martín de la Riestra y D. Aquiles González Oliver.
- El Oeste, (Mercedes-Argentina); Dr. D. Gaspar López Costa.
- El Orden, (Avellaneda-Argentina); Dr., D. José E. Pérez.
- El Orden, (Mercedes-Argentina); Dr., D. Cayetano Lendino.
- El Padre Cobos, (Coronel Pringles-Argentina); Dr., D. José Sainz de la Maza.
- El Popular, (Olavarria-Argentina); Dr., D. R. M. Otero.
- El Porvenir, (Nueve de Julio-Argentina); Dr., D. Benjamín Fernández.
- El Progreso, (Villa-Constitución-Argentina); Dr., D. Luis Borruat.
- El Pueblo, (Avellaneda-Argentina); Dr., D. Manuel Justino Estévez.
- El Pueblo, (Buenos Aires-Argentina); Dr., D. Isaac R. Pearson.
- El Pueblo, (Tres Arroyos-Argentina); Dr., D. Cláudio Troncoso.
- El Semanario, (Buenos-Aires-Argentina); Dr., D. P. Martínez.
- El Tiempo, (Buenos-Aires-Argentina); Dr., D. Carlos Vega Belgrano.
- El Uruguay, (C. Uruguay-Argentina); Dr., D. Darío Echeverría.
- España, Revista Semanal de la Asociación Patriótica Española; (Buenos-Aires).

- La Idea, (Bogotá-Colombia); Dr., D. Rafael Antonio Orduz.
- La Paz, (Popayan-Colombia); Administrador, D. Clodomiro Paz.
- Lecturas para el Hogar, (Bogotá-Colombia); Dra., doña Soledad Acosta de Samper.
- Revista de Instrucción Pública, (Ibague); Dr., D. Francisco Díaz Granados.
- Revista de Tequendama, (La Mesa-Colombia); Dr., don Manuel A. Lara.
- Rigoletto, (Barranquilla-Colombia); Dr., D. Antonio Manrique.
- Sur América, (Bogotá-Colombia); Dr., D. Adolfo León Gómez.
- Cuba y Marina Cubana, (Habana-Cuba); Dr., D. Francisco E. de Silva.
- Diario de la Marina, (Habana-Cuba); Dr., D. Nicolás Rivero.
- El Eco Montañés, (Habana-Cuba); Dr., D. Guillermo Soberon.
- El Estímulo, (Habana); Dr., D. José M. Zayas.
- El Fénix, (Sancti-Spiritus-Cuba); Dr., D. Evaristo Taboada Ponce.
- El Figaro, (Habana-Cuba); Dr. D. Manuel S. Pichondo.
- El Güimero, (Güimes-Cuba); Dr., D. Gustavo San Pedro y Castellanos.
- El Heraldo, (Guanabacoa-Cuba); Dr., D. Adolfo Roca y Grifol.
- El Nuevo País, (Habana-Cuba); Director, D. Ricardo del Monte.
- Follas Novas, (Habana-Cuba); Director, D. Antonio de P. Cea.
- La Defensa, (Santa Clara-Cuba); Dr., D. Pedro Valdés Fuentes.
- La Golondrina, (Guanabacoa-Cuba); Dra., Doña María del Socorro Urzaiz Zequirá.
- La Unión Española, (Habana-Cuba); Dr., D. Adelardo Novo.
- Las Guásimas, (Habana-Cuba); Dr., D. Leopoldo Valdés Codina.
- Postal, (Manzanillo-Cuba); Dr., D. Porfirio de la Riega.
- 24 de Febrero, (S. Antonio de los Baños-Cuba); Dr., don Mariano Vivanco.
- El Civismo, (Santiago, Rep. Dominicana); Dr., D. Telesforo Reinoso.
- El Grito del Pueblo, (Guayaquil-Ecuador); Dr., D. F. Reinel.
- El Tiempo, (Guayaquil-Ecuador); Dr., D. Lucrano Coral.
- Fray Gerundio, (Quito-Ecuador); Dr., D. Vicente Nieto D.
- Guayaquil-Artístico, (Guayaquil-Ecuador); Dres., D. Juan Francisco y D. Eliodoro M. Avilés.
- La Mujer, (Quito-Ecuador); Dres., D. E. E. Altamirano, D. L. C. Basconez y D. A. Silva N.
- La Patria, (Quito-Ecuador); Dr., D. Juan Bautista Sana.
- Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria, (Quito-Ecuador); Dr., D. José María Ayora.

- El Grito del Pueblo, (Manila-Filipinas), Dr., D. Pascual de Poblete.
- El Mercantil, (Manila); Dr., D. José María Romero Salas.
- El Pueblo y Ang-Sugá, (Cebú-Filipinas); Dr. D. Vicente Sotto.
- Mercurio, (Manila-Filipinas); Dr., D. F. Campillá.
- La Avispa, (Huehuetenango-Guatemala); Director, don J. Antonio Escobar.
- El Tiempo, (Tegucigalpa-Honduras); Dr., D. Froilán Turcios.
- ¡Adelante!, (México); Dr., D. Juan de D. Legorreta.
- Boletín de la Cámara Agrícola Jalisciense, (Guadalajara México); Dr., D. Antonio Pérez Verdía J.
- Diario Comercial, (H. Veracruz-México).
- El Arte y la Ciencia, (México); Dr., D. Nicolás Mariscal, Arquitecto.
- El Bien Social, (México); Dr., D. Luis G. Rubin.
- El Católico, (Aguascalientes México); Dr., D. Francisco Alvarado Romo.
- El Centinela, (Hermosillo-México); Dr., D. R. Bernal.
- El Centinela, (Morelia-México); Dr., D. Mariano de Jesús Torres.
- El Contemporáneo, (San Luis de Potosí-México); Dr., don Paulo Colunga.
- El Correo del Centro, (Aguascalientes-México); Director, D. Juan Montes.
- El Correo Español, (México); Dr., D. José Porrua.
- El Correo de Chihuahua, (México); Dr., D. Silvestre Terraza.
- El Correo de Jalisco, (Guadalajara-México); Dr., D. Aníbal Ortiz Gordo.
- El Defensor del Pueblo, (Lagos de Moreno-México); director, D. Ausencio López Arce.
- El Eco del Trabajo, (Saltillo-México); Dr., D. J. E. López Aguirre.
- El Español, (Mérida de Yucatán-México); Dr., D. José Peñón y González.
- El Espectador, (Monterrey-México); Dr., D. León A. Obregón.
- El Figaro, (Querétaro-México), Dr., D. José A. Bustamante.
- El Heraldo del Hogar, (México); Dr., D. Benito Torres.
- El Horizonte, (Chilpancingo-México); Dr., D. Alfredo G. Castañeda.
- El Monitor Sinaloense, (Culiacan-México); Dr. D. Faustino Díaz.
- El Monitor Tabasqueño, (San Juan Bautista-México); Director, D. Francisco C. Broissin.
- El Norte, (Chihuahua-México); Dr., D. Isaac Aceves.
- El Noticioso, (Guaymas-México); Director, D. Juan de Heras.
- El País, (México); Dr., D. Trinidad Sánchez Santos.
- El Paladín, (México).
- El Presente, (México); Dr., D. J. de las Muñecas.
- El Progreso Latino, (México); Dr., D. Román Rodríguez Peña.
- El Siglo XX, (Saltillo-México); Dr., D. Francisco Fuentes Fragoso.

- Jalisco Libre, (Guadalajara-México); Dr., D. Cipriano C. Covarrubias.
- Juan Panadero, (Guadalajara-México); Dr., D. Carlos F. Figueroa.
- La Mujer Mexicana, (México); Directora, D.^a Antonia L. Uraña.
- La Nueva Era, (Chilpancingo-México); Dr., D. Rafael Bello.
- La Opinión Libre, (Guanajuato, México); Director, Licenciado D. José Jiménez.
- La Opinión Pública, (San Luis de Potosí, México); Director, D. Paulino de la Luz Mendoza.
- La Patria, (México); Dr., D. Ireneo Paz.
- La Provincia, (Aguascalientes-México); Dr., D. Eduardo J. Correa.
- La Revista Azul, (Veracruz-México); Dr., D. José de Casas Motta.
- La Revista de Mérida, (Diario decano de la Prensa Mexicana); Mérida de Yucatán (México), Director, Licenciado D. Delio Moreno Cantón; Redactor-Jefe, D. Carlos R. Menéndez.
- La Voz de México, (México); Director, D. José María Melado.
- La Zona Libre, (Laredo-México); Dr., D. Daniel Chávez.
- Los Sucesos, (México); Dr., D. Pedro de Hagelstein.
- Lucifer, (Tepic-México); Dr., D. Antonio Zaragoza.
- Monitor de Morelos, (Cuernavaca-México); Dr., D. Salvador E. Gutiérrez.
- Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo, (Pachuca-México); Director, Lic. D. Rodolfo Isunza.
- Renacimiento, (Monterrey-México); Dr., D. Antonio de la Paz Guerra.
- El Combate, (Chinandega-Nicaragua); Dr., D. J. Francisco González.
- El Cronista, (Panamá); Dr. D. Aureliano C. de la Fone.
- El Heraldo del Istmo, (Panamá); Dr., D. Guillermo Andrevé.
- Ori-kri, (Asunción del Paraguay); Dr., D. Alfredo Da Ponte.
- El Mensajero, (Villa Concepción-Paraguay); Dr., D. Federico Aymar.
- La Tarde, (Asunción-Paraguay); Dr., D. Ernesto J. Montero.
- Actualidades, (Lima-Perú); Tesorero, Julio Alberto Castillo.
- El Huallaga, (Huánuco). Dr., D. Teobaldo J. Pinzás.
- El Imparcial, (Huacho-Perú); Dr., D. José T. García Ordóñez.
- El Oriente, (Iquitos-Perú); Dr., D. Manuel F. Horta.
- El Progreso, (Arequipa-Perú); Dr., D. A. Chávez.
- El Puerto, (Mollendo-Perú); Dr., D. José Manuel García Bedoya.
- La Boisa, (Arequipa-Perú); Dr., D. Mariano A. Ponce y Talavera.
- La Opinión Nacional, (Lima-Perú); Dr. D. Andrés Avelino Aramburú.
- La Patria, (Huacho-Perú); Dr., D. Amador S. Changanaquí.

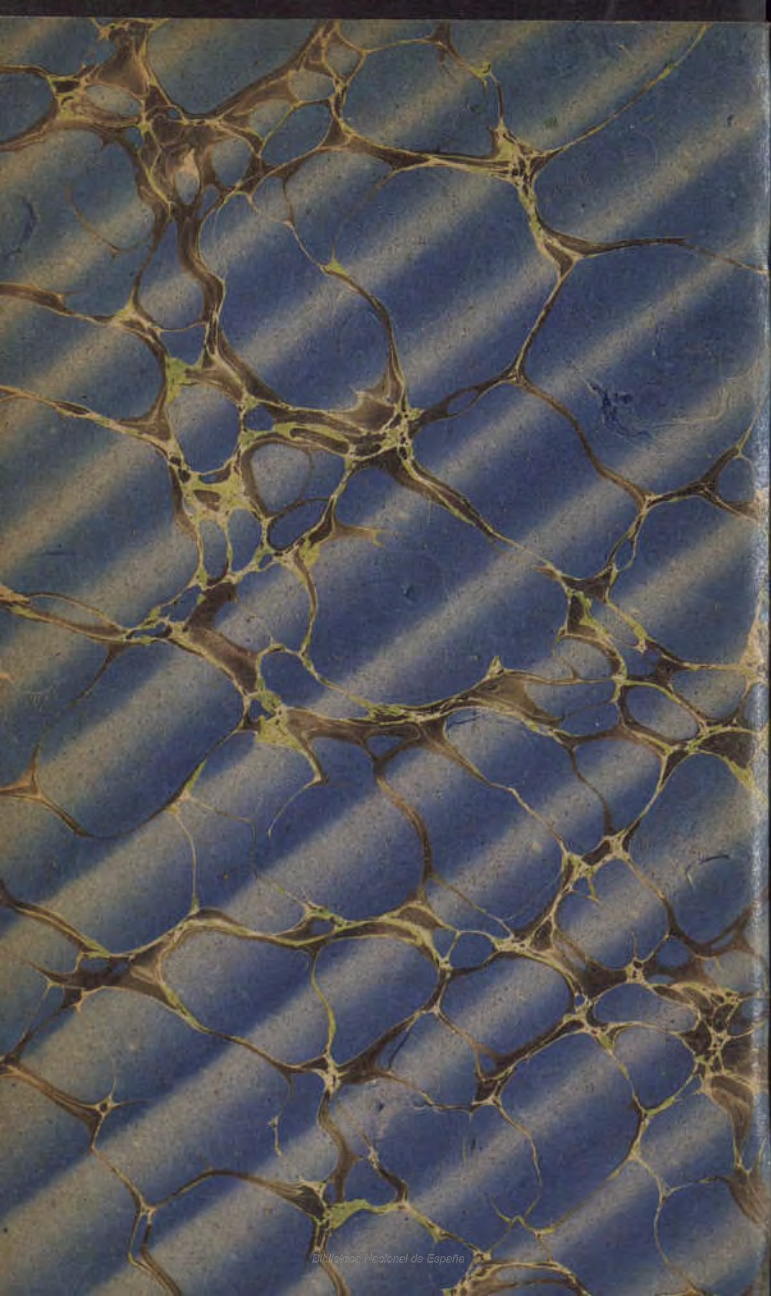
- Heraldo, (Mercedes-Argentina); Dr., D. Emilio F. Gómez Juvenalia, (Mercedes-Argentina); Dr., D. Benjamín Bértoli.
- La Argentina, (Buenos-Aires); Dr., D. E. T. Mulhall.
- La Cultura, (Prov. de E. Ríos-Rep. Argentina); Dr., don Romeo A. Sanguinetti.
- La Democracia, (Chivilcoy-Argentina); Dr., D. V. A. Chaves.
- La Juventud, (C. del Uruguay-Argentina); Dr., D. Lorenzo L. Sartorio.
- La Ley, (Catamarca-Argentina); Dr., D. J. N. Reydó.
- La Libertad, (Buenos Aires-Argentina); Dr., D. Eduardo Luna.
- La Libertad, (Córdoba-Argentina); Dr., D. Manuel Robledo Loza.
- La Ley, (San Juan-Argentina); Dr., D. Manuel L. Vargas.
- La Nueva Era, (Patagones); Dr., D. Mario Mateucci.
- La Patria, (Dolores-Argentina); Director, D. Manuel Pelayo.
- La Prensa de Belgrano, (Buenos Aires-Argentina); Director, don Manuel Piera.
- La Provincia, (Corrientes, Rep. Argentina); Dr., D. J. Antonio Puccini.
- La Razón, (Mar de Plata-Argentina); Dr., D. Celestino Gary (hijo).
- La Reforma, (Buenos Aires-Argentina); Dr., D. Luis F. Cárdenas.
- La Reforma, (S. Luis-Argentina); Dr., D. Arturo Auderut.
- La Semana, (Saavedra-Argentina); Dr., D. Amaro T. Zambrano.
- La Universidad Popular, (Buenos-Aires); Dr., D. Nicanor Sarmiento.
- La Verdad, (Buenos-Aires); Dr., D. Federico W. Fernández.
- La Verdad, (Coronel Dorrego-Argentina); Dr. D. Gregorio Suárez.
- La Verdad, (Santa Fe-Argentina); Dr., D. Jacinto Demaria.
- La Vida Natural, (Buenos Aires-Argentina); Director, don Antonio B. Masside.
- La Voz del Sud, (Río Cuarto-Argentina); Dr., D. Amado F. Curchod.
- Letras, (Córdoba-Argentina).
- P. B. T., (Buenos Aires-Argentina).
- Paris Sud-América, (Buenos Aires-Argentina); Dr., Don M. A. Pichot.
- Remedios Ilustrado, (Remedios-Argentina); Dr., D. Pascual Lescura y García.
- Revista Agrícola, (Mendoza-Argentina); Dr., D. Federico Crolongo.
- Revista del Centro Comercial, (Bahía Blanca-Argentina); Dr., D. Ricardo G. Ducos.
- Revista del Comercio, (Buenos Aires-Argentina); director, don J. Matheu.
- Revista Ilustrada del Río de la Plata, (Buenos-Aires-Argentina); Dr., D. Máximo Malaurie.
- Revista Nacional, (Buenos-Aires); Dr., D. Rodolfo W. Carranza.

- Sarmiento, (Buenos Aires-Argentina); Dr., D. Manuel María Oliver.
- Tandils-Tidende, (Tandil-Argentina); Dr., D. Blas P. Grothe.
- Vida Intelectual, (Sta. Fe-Argentina); Dr., D. G. A. Martínez Zuviria.
- El Comercio, (La Paz-Bolivia); Dr., D. José Agustín Rodríguez.
- El Día, (Cochabamba-Bolivia); Dr., D. Ramón Laredo.
- El Mentor, (Santa Cruz de la Sierra-Bolivia); Dr., D. Plácido Molina M.
- El Tiempo, (Potosí-Bolivia); Dr., D. Avelino Córdoba V.
- La Defensa, (La Paz-Bolivia); Dr., D. José Santos Machicado.
- El Arauco, (Arauco-Chile); Dr., D. Guertino Carrillo.
- El Colono, (Angol-Chile); Dr., D. Temistocles Conejeros.
- El Eco de España, (Santiago de Chile); Dr., D. Victoriano de Castro.
- El Educador, (Santiago de Chile); Dr., D. Domingo Villalobos.
- El Imparcial, (Santiago de Chile); Dr., D. Miguel A. Gargari.
- El Independiente, (San Francisco de Limache-Chile); Director, D. Abraham Fernández Otero.
- El Llanquihue, (Puerto Montt-Chile); Dr. D. Luis Bogeholz.
- El Nacional, (Iquique-Chile); Dr. D. Luis Vergara Vergara.
- El Norte, (La Serena-Chile); Dr. D. Alejandro Muhlenbrochs.
- El Noticiero Comercial, (Santiago de Chile); Dr., D. Washington Vergara R.
- El Pensamiento Latino, (Santiago-Chile); Dr. D. Enrico Piccione.
- La Actualidad, (Talca-Chile); Dr., D. Manuel F. Vargas Clark.
- La Educación Nacional, (Santiago de Chile); Dr., D. José Tadeo Sepúlveda.
- La Revista Católica, (Santiago de Chile); Director, don Manuel Antonio Román.
- Noticias Gráficas, (Santiago-Chile); Director, D. Alfredo Luer.
- El Boyacense, (Tunja-Colombia); Dr., D. José Avelino Vargas.
- El Comercio, (Palmira-Colombia); Dr., D. Cipriano M. Duarte.
- El Conservador, (Barranquilla-Colombia); Dr., D. Enrique Raschs.
- El Correo del Cauca, (Cali-Cauca-Colombia); Dr., D. Ignacio Palau.
- El Mercurio, (Bogotá-Colombia); Dr., D. Guillermo Foverd Franco.
- El Porvenir, (Cartagena-Colombia); Dr., D. Gabriel A. Byrne.
- El Renacimiento, (Ibagué-Colombia); Dres., D. Manuel Megía y D. Enrique Velez.
- La Fusión, (Bogotá-Colombia); Dr., D. César Sánchez Núñez.



- La Revista del Norte, (Piura-Perú); Dr., D. Maximiliano Frías.
- La Rosa del Perú, (Arequipa-Perú); Dr., Fr. J. Domingo Vargas O. P.
- La Unión, (Cajamarca); Director, D. Daniel Silva Santisteban.
- La Democracia, (Rocha-R. O.); Dr., D. Ramón Cerdeira.
- El Anunciador Costarricense, (S. José de Costa Rica); Directora, doña María V. de Linares.
- El Derecho (San José de Costa Rica), Dr., D. Ruben Méndez.
- El Foro, (San José-Costa Rica); Dr., D. Luis Cruz Mesa.
- El Hogar Cristiano, (San José de Costa Rica); Director, D. Juan Garita, Presbítero.
- La República, (S. José de Costa-Rica); Dr., D. Octavio García.
- Páginas Ilustradas, (S. José de Costa Rica); Dr., D. Próspero Calderón.
- El Diario, (Sanlago de los Caballeros, (Sto. Domingo); Dr., D. J. M. Vila Moral.
- El Carnaval, (San Juan de Puerto Rico); Dr., Doctor Don Joaquín E. Barreiro.
- El Heraldó Español, (San Juan de Puerto Rico); Director, D. Cristóbal Real.
- Diario de El Salvador; Dr., D. Román Mayorga Rivas.
- Diario Latino, (S. Salvador-El Salvador); Dr., D. Miguel Pinto.
- El Demócrata, (Santa Ana) (Rep. del Salvador); Director, D. Angel Delgado.
- La Estrella del Salvador, (San Salvador); Director, Doctor D. Francisco A. Funes.
- La Quincena, (San Salvador C. A.); Dr. D. V. Acosta.
- El Criollo, (Minas-Uruguay); Dr., D. Marcelino J. Pereira.
- El Deber Cívico, (Melo-Uruguay); Dr., D. Cándido Monégil.
- El Departamento, (Durazno-Uruguay); Dr., D. José F. Piquinel.
- La Democracia, (El Rosario Oriental-Uruguay); Director, D. Lusitano F. Domínguez.
- El Guerrillero, (Montevideo-Uruguay); Dr., D. José Olivella.
- El Progreso, (Durazno-Uruguay); Dr., D. José F. Piquinela.
- El Pueblo, (Mercedes-Uruguay); Dr., D. Federico Castellanos.
- El Pueblo, (S. José de Mayo-Uruguay); Dr., D. Juan M. Menéndez.
- El Trabajo, (San Fructuoso-Uruguay); Dr., D. Miguel V. Irigoyen.
- La Colonia, (Uruguay); Dr., D. Pedro H. Oroná.
- Boletín Comercial, Diario Mercantil, (Ciudad Bolívar-Venezuela); Dr., D. S. Alegrett.
- El Avisador, (Maracaibo-Venezuela); Dr., D. Benito H. Rubio.
- El Conciliador, (Coro-Venezuela); Dr., D. Eugenio Blanco Salzedo.
- El Iris Nacional, (Barquisimeto-Venezuela); Director, D. Manuel A. Meléndez.

- El Orden, (Coro-Falcon-Venezuela); Dr., D. Felipe Valde-
rrama.
El Renacimiento, (Boconó-Trujillo-Venezuela); Directo-
res, Sres. Aranguren Hermanos.
Horizontes, (S. Cristóbal-Venezuela); Dres., Quintero
Hermanos.
La Religión, Diario Católico, (Caracas-Venezuela); Direc-
tor, Dr. D. Nicolás E. Navarro, Presbítero.
La Semana, (Caracas-Venezuela); Dr., D. Rómulo A. García.
La Voz de la Nación, (Caracas-Venezuela); Dr., D. Ramón
E. Albarracín.
Los Ecos del Zulia, (Maracaibo-Venezuela); Director, don
Valerio P. Toledo.
La Unión, (Brownsville, Texas-E. U. A.); Director, don
Hilario Borjas.





BIBLIOTECA NACIONAL



1001201105

